

Autonomía universitaria, sociedad y política en la Argentina (1918 - 1978)

MARCOS KAPLAN*

El análisis de la autonomía universitaria en la Argentina, de su aparición y de sus vicisitudes, de su situación reciente y de sus perspectivas, es inseparable de la consideración del desarrollo social y político del país. El entrelazamiento de ambos procesos es particularmente visible en el estallido de la Reforma Universitaria en la Córdoba de 1918, inexplicable sin la previa evaluación de la universidad argentina tradicional.

La universidad tradicional¹

Incorporada Argentina durante el siglo XIX a la división internacional del trabajo bajo hegemonía británica, se aplica en aquella un modelo de desarrollo primario-exportador. La estructura socioeconómica se conforma con los rasgos de la especialización, la deformación, la inestabilidad, la vulnerabilidad externa, el predominio

* Pensador e investigador de la ciencia económica, de nacionalidad argentina, radicado actualmente en México. Vinculado a la Universidad Autónoma como catedrático.

1. Para una interpretación general del período, ver Marcos Kaplan, *Formación del Estado Nacional en América Latina*, 2a. edición, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976. Sobre la universidad tradicional, ver: Darcy Ribeiro, *La universidad nueva - Un proyecto*, Editorial Ciencia Nueva, Buenos Aires, 1973; José Medina Echavarría, *Filosofía, educación y desarrollo*, Siglo XXI Editores, México, 1967; Hans-A. Steger, *Las universidades en el desarrollo social de América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974; Eduardo Honey Vizuet, *Una visión de la Universidad latinoamericana: 1875 - 1975*, en *Perfiles Educativos*, Centro de Investigación y Servicios Educativos, U.N.A.M., No. 2, octubre-noviembre-diciembre 1978.

del sector agro-exportador en alianza con metrópolis y empresas extranjeras. A una concentración monopolista de recursos y poderes corresponde una sociedad jerarquizada, polarizada y rígida. La economía agro-latifundista y la sociedad rural biclasista coexisten con la urbanización temprana donde se da una estratificación más diversificada y abierta.

El sector agroexportador entrelazado con intereses y Estados foráneos se constituye en fracción hegemónica; impone su poder y su autoridad; constituye su sistema político; logra el apoyo de otras fracciones dominantes, y el consenso o la sumisión pasiva de clases y capas subalternas y dominadas.

El Estado nacional va surgiendo como reflejo de la nueva situación y agente activo de su configuración. Su control permite definir la hegemonía, articular alianzas, imponer el orden político-institucional acorde con el sistema y el proyecto de desarrollo. El Estado se constituye y opera bajo fuerte control oligárquico, como poder no compartido por un grupo de reclutamiento endógeno. Sólo existen partidos de notables, y tardan en surgir nuevas élites políticas. El Estado es visto como coto cerrado de la élite oligárquica. El sistema político y el Estado combinan los rasgos de la dictadura unificadora y de la democracia de participación restringida. Fuerza, corrupción, fraude, manipulación y marginalización se combinan con el recurso al consenso pasivo, a la esperanza de incorporación y de progreso, al otorgamiento de ventajas parciales para sectores de clases medias y populares.

La cultura y la ideología reflejan la interacción del agro y los terratenientes que oscilan entre el tradicionalismo y la modernización, y los grupos de la gran ciudad costera con su cosmopolitismo y su incorporación de los elementos del capitalismo liberal que van prevaleciendo en el mundo. La alienación ideológica hacia lo foráneo, la europeización, avanzan como reflejo y componente del modelo de desarrollo. Son instrumentos para la integración internacional, la creación de las estructuras socioeconómicas requeridas, la cristalización de la dominación internacional. Emerge así una cultura híbrida, afectada por la incoherencia y la fragilidad, sin sentido del país ni capacidad para fortalecer sus bases.

A ello contribuye el hecho que cultura e ideología son elaboradas, controladas y manejadas por y para grupos minoritarios, y para la marginalización de las masas populares, mediante el monopolio

de los grupos intelectuales, de la educación y de la prensa, y también mediante el apoyo de la Iglesia.

La cultura, la ideología, la educación, los grupos intelectuales, dan a la oligarquía homogeneidad, conciencia de sí misma, de sus funciones y necesidades; le proporcionan una concepción del mundo, elasticidad para la absorción de los cambios, cuadros para la dirección y la organización de la sociedad y del Estado, elementos de prestigio y poder, refuerzos para su legitimidad. El sistema impide primero, y dificulta largo tiempo luego, el surgimiento y la irradiación de nuevos grupos o élites sociales y políticas que formulen alternativas al modelo vigente, se organicen, se hagan conocer y logren adhesiones significativas. Tarda en darse una crítica profunda por parte de intelectuales no surgidos de la oligarquía e independientes de ella. Falta un amplio público predispuesto a recibir mensajes divergentes de la cultura y la ideología oficiales.

En este contexto se ubica el problema de la educación y de la universidad argentinas de este primer período. La actividad del Estado al respecto se concentra en la búsqueda de soluciones para la escasez de maestros (introducción de nuevos métodos de enseñanza, creación de escuelas normales); en la reorganización, modernización y laicización de las universidades existentes, y en la fundación de otras nuevas y de escuelas del nivel universitario, así como de museos, academias e instituciones científicas.

La enseñanza universitaria se organiza y funciona por y para la oligarquía y el estrato superior de la clase media de acuerdo a una estructura interna también oligárquica, como instrumento de hegemonía en la sociedad civil y en el Estado que satisfaga además los módicos requerimientos de profesiones liberales. Se especializa en la formación de ciertos profesionales, a los que imbuje de un espíritu de subordinación hacia la oligarquía, los intereses extranjeros y el sistema vigente, y de una acentuada despreocupación por el bien común y el interés nacional. La especialización privilegia la producción de juristas, médicos, ingenieros y arquitectos. Los juristas son destinados a los problemas del gobierno, la organización interna, las relaciones con la metrópolis, los conflictos entre los grupos oligárquicos y entre éstos y las capas medias y populares. Los médicos deben cuidar la salud de las clases altas, y crear y mantener condiciones normales mínimas para la productividad laboral y la recepción de inmigrantes y de inversores extranjeros. Los ingenieros y arquitectos deben tomar a su cargo la realización de viviendas suntuosas, obras públicas y de infraestructura.

La enseñanza universitaria es tradicionalista y autoritaria, carece de inspiración y de aptitud innovadora. En el contexto de una cultura fundamentalmente a-científica y a-técnica, las escasas o insuficientes actividades de docencia y de investigación que se cumplen en las universidades, lo hacen bajo el signo de orientaciones que enfatizan la memorización y la erudición sin sentido, el razonamiento abstracto, el escolasticismo y el dogmatismo, la subordinación de las ciencias físico-naturales y sociales a la filosofía y a la ideología oficiales, el divorcio de la práctica, la imitación servil y la repetición formal y pasiva de todo lo que viene desde afuera. Los únicos desarrollos producidos en la docencia y en la investigación de las ciencias y de las técnicas, provienen de las limitadas demandas específicas del tipo de sociedad y del modelo de desarrollo prevalecientes que antes se mencionó.

La situación y la índole de la universidad argentina se modifican, la Reforma de 1918 emerge, en interrelación con los cambios sociales y políticos que el país experimenta a fines del siglo XIX y en las dos primeras décadas del actual.

El gobierno radical y la reforma de 1918²

Desde fines del siglo XIX, el sistema oligárquico se va viendo cada vez más afectado por un entrelazamiento de cambios internacionales e internos, y por la crítica y el ataque convergentes de distintos sectores sociales y políticos. Se acumulan elementos y efectos de la segunda revolución industrial, del ascenso de la empresa monopolista y del imperialismo, del replanteo del equilibrio entre las grandes potencias, de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Rusa. El modelo de desarrollo primario-exportador y dependiente se modifica, exhibe insuficiencias y desajustes. El centro internacional de la Argentina comienza a desplazarse de Gran Bretaña y Europa hacia los Estados Unidos. La estructura socioeconómica crece y se diversifica (mayor división social y regional del trabajo, urbanización, primera industrialización). Las clases medias y

2. Sobre el gobierno radical, ver M. Kaplan, *Formación del Estado... cit.:* D. Cantón, J. L. Moreno, A. Ciria, La democracia constitucional y su crisis, en *Historia Argentina*, tomo 6, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1972. Sobre el surgimiento de la Reforma Universitaria y su significado y lineamientos: Gabriel Del Mazo, *La Reforma Universitaria*, Edición del Centro de Estudiantes de Ingeniería, La Plata, 1941; Federación Universitaria de Buenos Aires, 1959; E. Honey Vizuet, *Una visión...*, cit.; Ma. Elena Rodríguez de M., *La Reforma Universitaria de Córdoba en 1918*, en *Deslinde*, UNAM, No. 23, México, 1972; Pablo Lejarraga y otros, *La Reforma Universitaria*, en *Polémica*, No. 58, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.

obreras urbanas se desarrollan en número y peso específico, se organizan política y sindicalmente, coinciden en la presión por una participación ampliada.

En concordancia con estos cambios también se modifica el clima cultural e ideológico. Ante los límites que comienza a exhibir el modelo tradicional de sociedad y desarrollo, la confianza en un gran futuro es calificada y reducida por la incertidumbre. Las clases medias y populares critican e impugnan. Grupos de jóvenes intelectuales reaniman y reorganizan la vida cultural, pasan de la literatura a la crítica social y política. Esta se ejerce contra el cosmopolitismo, el materialismo escéptico, la educación dogmática, la asfixia cultural, la opresión y la corrupción política, y contra los responsables de todo ello, es decir, los grupos dirigentes y la clase dominante. La Revolución Mexicana, la Guerra de 1914-1918, la Revolución Rusa, revelan la quiebra del orden y de la ideología liberales, sugieren la necesidad y la posibilidad de cambios. Las ideologías emergentes son imprecisas, incoherentes, poco realistas, no siempre ligadas a las prácticas de grupos y procesos significativos, pero no carecen de impacto ni de eficacia. Sus componentes básicos incluyen: el nacionalismo, vagas metas de desarrollo, cambio y justicia sociales, consenso e integración nacionales, participación política, renovación institucional, mayor intervención del Estado.

El equilibrio de poder y el sistema político se sacuden. Las clases medias, apoyadas en las bases obreras y populares que manipulan, exigen una participación ampliada. La dominación oligárquica tradicional se debilita. Se acumulan los requerimientos políticos de democracia ampliada, nacionalización, modernización, reformismo gradualista compatible con el orden tradicional, papel protagonista del Estado y su modificación en cuanto al reclutamiento de dirigentes y personal, estructura y modo de operación, responsabilidades y poderes.

El sector oligárquico vulnera los intereses y multiplica los descontentos de terratenientes y comerciantes desplazados de los círculos oligárquicos centrales o afectados por el modelo de desarrollo, nuevas clases medias rurales y urbanas, trabajadores del campo y de la ciudad, grupos regionales y provinciales. Diferentes por origen, situación y motivaciones, estos grupos van convergiendo en una especie de frente anti-oligárquico y —en menor medida— anti-imperialista, que expresa y canaliza en términos de movimiento o partido la Unión Cívica Radical.

En una "larga marcha" de un cuarto de siglo, en la que se alternan o combinan el gradualismo y la negociación con la intransigencia revolucionaria, el radicalismo llega finalmente al gobierno en 1916, con la primera presidencia de Hipólito Yrigoyen. Ello representa para la Argentina un innegable paso hacia adelante, sobre todo en términos de derrota oligárquica, democratización política, cambios en el funcionamiento del Estado (arbitraje mediador entre clases y grupos, política redistributiva, extensión de servicios públicos gubernamentales, defensa del patrimonio nacional, política exterior más independiente). La Reforma Universitaria de 1918 se inscribe en este contexto.

La irrupción del radicalismo yrigoyenista en el gobierno y su fortalecimiento en la sociedad civil entra inevitablemente en contradicción con una universidad oligárquica cada vez más caracterizada por la obsolescencia, el reaccionarismo y la rigidez, sobre todo en la ultramontana Córdoba. Hacia junio de 1918, el ambiente general de democratización y progresismo vuelve súbitamente insoportable para un grupo considerable de estudiantes cordobeses el clima académico de medievalismo, colonialismo, clericalismo, irraciona- lismo, favoritismo académico y corrupción administrativa. La agita- ción inicial de los estudiantes encuentra un estímulo en la obstina- ción de las autoridades universitarias y de la policía, que así con- tribuyen a reforzar y a extender el movimiento. La declaración de huelga universitaria por tiempo indeterminado se prolonga en ma- nifestaciones de más de 20,000 personas en una Córdoba cuya po- blación oscila alrededor de los 200,000 habitantes. El rector Nores se ve obligado a renunciar. Dado que el gobierno nacional demora su decisión de intervenir, la Federación Universitaria de Córdoba toma la Universidad y asume su gobierno, designa decanos y profe- sores, convoca a exámenes, desplaza viejos burócratas de la vene- rable casa de estudios. La ocupación estudiantil termina con un desalojo cumplido por el ejército, pero finamente llega el interven- tor designado por el presidente Yrigoyen. La importancia del apo- yo gubernamental está dada sobre todo por el carácter minoritario del estudiantado reformista, que con tal refuerzo promoverá un acceso de sectores más amplios a la Universidad y la propia consoli- dación como tendencia estudiantil mayoritaria. (La simpatía ini- cial de los universitarios reformistas por el gobierno yrigoyenista se volverá —como se verá luego— a fines de la década de 1920 en furiosa oposición).

Poco después del estallido del movimiento reformista, en julio de 1918, también en Córdoba se reúne el primer congreso estudiantil que sienta las bases del gobierno democrático de las universidades con participación de profesores, estudiantes y graduados, y de la renovación pedagógica³.

Desde sus orígenes, documentados en el Manifiesto a los hombres libres de América que redacta Deodoro Roca, y durante los agitados 60 años de su existencia histórica, la Reforma Universitaria nunca ha logrado plenamente una formulación precisa y articulada. Los intentos de lograrla se modifican además en el tiempo, en función de la dialéctica entre el proceso interno del movimiento universitario reformista y el desarrollo nacional.

Por su origen y naturaleza, el movimiento reformista comienza lógicamente por definirse antes y con más precisión en relación a los problemas universitarios. La Reforma retoma la noción de autonomía universitaria heredada de las instituciones académicas medievales y de su temprano trasplante en la América Latina colonial. Esta noción es sin embargo transformada y amplificadas, en su ámbito de despliegue y en la intensidad de su ejercicio buscado o logrado, bajo el impacto de la movilización estudiantil y de los cambios sociopolíticos que se van dando en las primeras décadas del siglo XX.

La autonomía universitaria presupone ante todo una transformación de la Universidad en su estructura y en sus fines. Reafirma el derecho y la capacidad de la universidad como comunidad libre de profesores, estudiantes y egresados, para darse su propio gobierno y ejercerlo, establecer su estructura y regular su funcionamiento, a través de normas y mecanismos inherentes a la propia universidad. Ello se da a la vez en términos académicos, administrativos y financieros (nombramiento de profesores y funcionarios, selección de estudiantes, planes de estudio y de investigación, manejo de fondos), y en relación al Estado y sobre todo al Poder Ejecutivo.

La autonomía es concebida —por lo menos en principio y antes de que universidad y movimiento estudiantil ingresen como actores políticos en el fragor de los conflictos y luchas nacionales—, no como privilegio o fuero especial. Se la visualiza como prerrequisito y exigencia de una existencia en plenitud de la Universidad, de su

3. Ver bibliografía citada en nota 2.

libertad para la creatividad y para la función social, protegida de interferencias, imposiciones y limitaciones exteriores a ella misma. La autonomía se va perfilando de hecho, y va siendo cada vez más percibida como el núcleo de una constelación de problemas y soluciones de tipo académico y de sus proyecciones en el campo más amplio de la sociedad, de la cultura y las ideologías y de la política.

Así, contra los males heredados de la gerontocracia académica, las camarillas cerradas de profesores y su auto-reproducción e invulnerabilidad aseguradas por la cooptación, la docencia rutinaria, la recepción pasiva, el reaccionarismo clerical, el autoritarismo escolástico, la Reforma Universitaria postula y exige: la democratización de la enseñanza, la libertad de cátedra, las cátedras paralelas, la docencia libre, la periodicidad de cátedra para su renovación y actualización, los concursos públicos de antecedentes para la provisión de cargos; la publicidad de los actos universitarios; la aplicación necesaria del método científico.

A la vez como componente de las exigencias de la participación estudiantil, y como parte de la respuesta a las mismas, en el funcionamiento y gobierno de la Universidad se proponen y en parte se aplican: el gobierno tripartito; la gratuidad de la enseñanza; la asistencia libre; los seminarios y otras formas de intervención activa del estudiantado en la enseñanza; cursos nocturnos; la organización estudiantil para la movilización y la lucha, sobre todo a través de la agremiación obligatoria en centros y federaciones únicas.

Por su propia índole, y por la dinámica que adquiere más allá de los motivos y proyecciones originales, la Reforma y los problemas de la autonomía universitaria se van transformando y amplificando, se entrelazan con otros procesos y problemas más amplios. De lo puramente académico y estudiantil se va pasando a lo educacional global, a lo económico y lo social, a lo popular y nacional, a lo político y a lo latinoamericano. El requerimiento y el progreso de la democratización de la enseñanza, y los límites que a ella opone la estructura socioeconómica y de poder prevaleciente, llevan a las consignas de una universidad abierta al pueblo, de una convergencia con aquel y con sus luchas. En la ideología y la retórica reformista, la renovación universitaria se entrelaza con la integración de la cultura en la nación; renovación social, el democratismo, el laicismo, el anticapitalismo, la solidaridad con las luchas obreras, el

latinoamericanismo como empresa continental común, la denuncia del imperialismo y de las oligarquías aliadas a él como factor de dependencia y atraso.

Así, el Segundo Congreso universitario que ya no se celebra en Córdoba u otra ciudad argentina, sino en México, de septiembre a octubre de 1921, ratifica al mismo tiempo la reforma universitaria, la solidaridad latinoamericana, y la lucha contra la explotación del trabajo y por una nueva humanidad.

El estímulo a la preocupación social y a la concientización política de la juventud, la integración entre lo universitario y lo social-político, las definiciones frente a grandes problemas por el movimiento reformista, son inseparables de un proceso más amplio de indudable importancia. El estudiantado va desplegando una creciente pretensión a constituirse en actor político, que linda con la propensión al mesianismo. El reformismo universitario se va convirtiendo en un esbozo de ideología global y en una forma privilegiada de política juvenil, al margen de los partidos, los compromisos específicos y las disciplinas militantes. El movimiento reformista estimula las vocaciones políticas, la formación de cuadros dirigentes; genera y facilita ambiciones y carreras políticas; logra por sí y para sus principales figuras un peso e influencia considerables en la política nacionales. Surge al mismo tiempo el proyecto ilusorio de cambiar el país desde la universidad, la sobrevaloración de la importancia relativa de aquella en la sociedad global y en el juego de las grandes fuerzas definitorias. Se van dando también las ambigüedades y equívocos inevitables en las relaciones del reformismo, movimiento de clases medias, con los trabajadores y el pueblo; las caídas sucesivas o simultáneas en el abstraccionismo, la retórica, el extremismo infantil, el oportunismo, la manipulabilidad por intereses y grupos ajenos al movimiento reformista.

La politización que se va dando en el movimiento reformista introduce tempranamente la problemática emergente del juego de tensiones, contradicciones y conflictos entre las influencias externas a la universidad, por una parte, y por la otra una dinámica del estudiantado que incluye objetivos legítimos y logros positivos pero también ilusiones y excesos, así como una falta de homogeneidad y solidaridad internas en el cuerpo de profesores.

En las postrimerías de la fase de gobiernos radicales y de la década de 1920 se da un notable ejemplo de las contradicciones y ambi-

güedades en el movimiento estudiantil reformista. En los orígenes de ese movimiento existió, como se ha visto, una correspondencia estrecha con el ascenso de las clases medias y de su expresión política: el radicalismo como movimiento y como gobierno.

“Desde el momento en que el movimiento universitario se levanta contra los grupos hasta entonces dominantes en la Universidad, no puede sino ser visto con simpatía por el radicalismo en el poder, que en el campo político había enfrentado una situación similar. Por otra parte, la Universidad también era parte del “régimen” —así caracterizaba el radicalismo a todos los que lo habían precedido en el gobierno— y es de suponer que la renovación dentro de ella le resultaba deseable”.

“El gobierno radical prestó benévola atención a las demandas de los estudiantes de Córdoba y de las restantes universidades nacionales a las que el movimiento se fue extendiendo. . . El resultado es que en buena medida los vientos de renovación llegaron también a la Universidad. Con todo fueron mucho menos intensos de lo que podría hacer creer la injustificada alarma de los antiguos profesores o la prensa “seria”. Tampoco contribuyeron a consolidar la posición del radicalismo, puesto que en general el movimiento estudiantil se mantuvo al margen de la política nacional y le dió además pocos dirigentes. Sus consecuencias pueden haber sido hasta negativas en la medida en que dió nuevos argumentos a las denuncias contra el “desorden institucional” traído por el radicalismo; pudo contribuir a exacerbar la oposición, pese a tener poca o ninguna importancia al rozar un área del poder”.

“La historia de los años que van hasta 1930 registra marchas y contramarchas de las reivindicaciones estudiantiles, alrededor siempre de los temas mencionados. . . Es posible señalar que lo que realmente sucedió no se conoce en la mayoría de los casos demasiado bien y además, que no sucedió nada demasiado importante, pues las grandes formulaciones iniciales quedaron muy lejos de los logros posteriores”. Dado que por su extracción social, los estudiantes universitarios eran muy poco representativos de las clases populares, y que su número no excedía de 19.486, “de los cuales seguramente no mucho más de la mitad serían participantes activos” (en el movimiento estudiantil), “se comprenderá que aparte de lo directamente universitario (los aspectos electivos, la docencia o la asistencia libres), el resto de los planteos no hayan pasado de ser formulaciones incumplidas (la unidad latinoamericana, la soli-

daridad obrero-estudiantil). . . Los estudiantes se revelan así como típico grupo intermedio que sirve ya de chivo emisario, ya como detonante de una situación”⁴.

Llegado el radicalismo al poder, las contradicciones entre la democratización consiguiente y el mantenimiento de las estructuras socioeconómicas tradicionales, el aumento de la participación y la actitud redistribucionista, las expectativas acrecentadas y divergentes de clases y grupos, en condiciones de reducido crecimiento económico, replantean y agravan las tensiones y conflictos fundamentales de la sociedad argentina. La oligarquía —vencida electoralmente pero no destruida en su poder económico y social se reagrupa y pasa a la acción. Combina el ataque frontal y el sabotaje sistemático al gobierno, con la disgregación interna del partido oficial. Se van dando acuerdos entre las tendencias conservadoras de dirigentes oligárquicos y radicales. Las capas medias radicales se preocupan sobre todo de conservar e incrementar lo ya logrado. Los grupos altos y medios del radicalismo reaccionan contra las presiones de las masas obreras y populares que se identifican con el caudillo y presidente Yrigoyen. El partido se divide de hecho entre el caudillismo populista de Yrigoyen y el elitismo conservador de Marcelo T. de Alvear.

En lo que se refiere a la Reforma y a la autonomía universitaria, “la presidencia de Alvear no introduce grandes cambios con respecto a lo que había hecho Yrigoyen. Si hay “reacción” o “anti-reformismo”, como suelen decir los cronistas más favorables al yrigoyenismo, ello se debe en todo caso a la orientación general del gobierno, no a medidas concretas que Alvear haya tomado expresamente para terminar con las conquistas estudiantiles. Es más: con fecha 20 de septiembre de 1923 los diarios informan sobre la renuncia del ministro de Educación de Alvear, precisamente por no poder disminuir la representación estudiantil establecida por ese entonces en los nuevos estatutos de la Universidad de Buenos Aires, sin que el presidente se empeñe en retenerlo”⁵.

En la segunda presidencia de Yrigoyen (1928 - 1930), la contradicción entre la democratización política y las presiones redistributivas, por una parte, y el lento crecimiento económico por la otra,

4. Cantón y otros, *La democracia constitucional*. . . , cit., pp. 80 a 82.

5. Cantón et al, cit., p. 82.

se acentúan y agravan por la convergencia de procesos internos y de otros externos (hostilidad del capital extranjero, impacto de la crisis mundial de 1929). La oposición engloba a la oligarquía, los intereses extranjeros, parte considerable de la clase media, los intelectuales, los otros partidos, la gran prensa, las fuerzas armadas.

“En este proceso también colaboró la Federación Universitaria Argentina, algunos de cuyos dirigentes estudiantiles influyentes fueron orientados por políticos profesionales, que les hicieron perder la noción de que estaban siendo utilizados como masa de maniobra por sectores con los que no tenían ninguna afinidad. . . Son los estudiantes universitarios de Buenos Aires los que más se agitan reclamando la renuncia de Yrigoyen. . .”⁶. La ofensiva opositora, con el movimiento estudiantil como punta de lanza y fuerza de choque, desgasta al gobierno radical, confunde y paraliza a las masas populares. El 6 de septiembre de 1930, el golpe militar del general José F. Uriburu termina con el experimento político de la clase media radical y abre un segundo ciclo oligárquico.

El segundo ciclo oligárquico y el prólogo al peronismo (1930 - 1943)

Con el golpe militar de 1930 retornan al poder las fuerzas conservadoras desplazadas en 1916, y se establece un gobierno de perfil neo-oligárquico. La etapa se abre con un intento de corporativismo fascizante, encabezado por el presidente general José F. Uriburu. La dictadura anuncia desde el principio “corregir la anarquía universitaria” (discurso del general Uriburu, 6 de septiembre de 1930). Interviene a la Universidad de Buenos Aires, y la pone a cargo de Benito Nazar Anchorena, arquetipo de representante oligárquico, y también las Universidades de La Plata y del Litoral. La autonomía universitaria es arrasada. Se liquida la representación estudiantil. Se expulsa profesores y alumnos, muchos de los cuales ingresan a las cárceles del nuevo régimen. El 24 de abril de 1931 se dicta el Estatuto Nazar-Castex.

Esta catástrofe política, que inaugura a la vez en la realidad y en la simbología del acontecimiento la etapa de la crisis permanente en el desarrollo argentino contemporáneo, sacude profunda y saludablemente al movimiento universitario reformista, tan comprometido como instrumento más o menos inconsciente en la preparación

6. Cantón et al., cit., p. 161.

del derrocamiento del presidente Yrigoyen. Ya a partir del mismo 6 de septiembre, la Federación Universitaria Argentina, que de hecho no funcionaba desde 1925, se reorganiza y prepara la lucha contra la dictadura. Ello comienza por manifestarse en las concentraciones estudiantiles del 31 de octubre y del 24 de noviembre en la Facultad de Medicina, y en la huelga general del 30 de diciembre de 1930. Desde entonces la vigencia y los alcances de la autonomía universitaria, y las vicisitudes del movimiento reformista, se entrelazan estrechamente con las formas y orientaciones del cambio social y del conflicto político en el plano nacional.

Tras el fallido intento de corporativismo fascistizante del general Uriburu, una fracción de terratenientes, comerciantes, financieros y altos jefes militares, en alianza con los intereses británicos, se instala en el Estado y asume la hegemonía de la clase dominante y de la sociedad argentina. Esta operación se cumple a través de una combinación de violencia militar y policíaca, fraude y manipulación electorales, corrupción, y legitimación del monopolio político de la oligarquía a través de apariencias y semi-realidades de normalidad institucional (funcionamiento del Congreso y del Poder Judicial, respeto de la autonomía universitaria), formas de participación restringida (legalidad para partidos opositores que no amenazan al sistema o se implican en su defensa).

Protagonista y símbolo de esta fase es el general Agustín P. Justo, presidente constitucional de 1932 a 1938. El general Justo —uno de los más importantes prototipos de militar-político en la historia argentina contemporánea—, combina una filiación oligárquica y una inspiración conservadora con el auténtico liderazgo en las fuerzas armadas (cada vez más politizadas y proclives a la autonomización y a la tentación del poder directo), una excepcional lucidez sobre las fuerzas en juego y los problemas a resolver, y una notable habilidad para el manejo político. Justo y algunos de sus principales colaboradores (Federico Pinedo sobre todo), comienzan un proceso de reestructuración y modernización de la política económica y del aparato estatal y, en contradicción con la ideología de liberalismo económico que inspira a la fracción hegemónica, promueven desde el poder la primera gran fase de intervencionismo estatal en la Argentina. Inicialmente conservadores, anticíclicos y defensivos de los intereses oligárquicos y británicos, el intervencionismo de Estado y su política económica ven refractadas sus acciones, y modificadas sus intenciones y consecuencias, por un proceso nacional e internacional que nadie prevé, desea ni con-

trola. Se favorece cuasivoluntariamente la industrialización substitutiva, se refuerza la migración rural y la urbanización acelerada. Se contribuye a la emergencia o a la expansión de nuevos grupos sociales: estratos nuevos de la clase media, proletariado industrial, sectores marginales. Se multiplican las necesidades y demandas. Va surgiendo un clima colectivo en que se entrelazan elementos heteróclitos de tipo nacionalista, populista, desarrollista, democratizante y socializante. Las tensiones y conflictos de tipo interno se combinan con el impacto del proceso internacional”: crisis económica mundial, irradiación ideológica de las luchas entre las potencias (capitalistas liberales vs. capitalistas fascistas, Unión Soviética), Segunda Guerra Mundial.

La Segunda Guerra Mundial, si por una parte refuerza los procesos industrial-urbanos y de intervencionismo estatal, por la otra replantea la inserción de la Argentina en el sistema internacional. Ello se da sobre todo en términos de apoyo a uno de los dos bloques en guerra, y de competencia agudizada entre Gran Bretaña y Estados Unidos por el control del país. El grupo dirigente y la clase dominante sobre todo, pero también las otras clases, organizaciones e instituciones principales del país se dividen y enfrentan en posiciones pro británicas, pro norteamericanas o progermanas.

El crecimiento económico y el cambio sociopolítico de esta fase no son consecuencia de la acción conciente y deliberada de una clase, grupo o élite. Se producen por efecto de factores impersonales y externos (crisis, guerra, modificación de la hegemonía mundial), o como subproductos involuntarios e imprevistos de medidas tomadas en favor de los grupos dominantes. Por agotamiento o por inmadurez, ninguna de las principales clases y grupos demuestra capacidad para enfrentar y superar los dilemas y desafíos del viraje histórico que se va dando desde 1929 hasta la guerra. Ello se manifiesta en la obsolescencia, la caducidad, la inoperancia de las instituciones sociales y de los partidos políticos. Esta constelación de circunstancias condiciona o determina en mayor o menor grado lo que ocurre con la universidad y su autonomía y con el movimiento reformista.

En agosto de 1932 se celebra el Segundo Congreso nacional del reformismo universitario. El mismo se reúne y sesiona bajo el impacto de la dictadura uriburista y del gobierno semiconstitucional y semifraudulento y autoritario del General Justo, así como de una experiencia política de casi tres lustros (1918 - 1932). Refle-

ja además una situación que combina el crecimiento de la influencia en el movimiento reformista y a través del grupo Insurrexit de un Partido Comunista ya totalmente stalinizado (aunque la influencia de otras tendencias de izquierda, especialmente la del Partido Socialista no es desdeñable); una baja en la atracción y en la representatividad de las organizaciones estudiantiles reformistas; la recuperación del predominio de los grupos y pautas tradicionales en la universidad como reflejo natural de lo que ha venido ocurriendo a escala nacional.

En sus resoluciones, el Segundo Congreso rechaza la idea de una universidad para la formación de clases dirigentes y la formulación de verdades convencionales y precarias, y se propugna en cambio a aquella como centro de elaboración y análisis de conocimientos e ideas, de transmisión de unos y otras al pueblo, y de formación humana en proceso continuo y total. Se admite que la alternativa propuesta para la universidad es irrealizable en el régimen social vigente. Se critica la sociedad capitalista y se postula el advenimiento de una sociedad colectivista. La Reforma Universitaria es presentada como parte de la Revolución Social. Al estudiantado reformista se le asigna las tareas de agitación de la cuestión social en la universidad, y de establecimiento de relaciones permanentes con organizaciones de maestros y de obreros, para campañas de solidaridad.

En 1936, el movimiento reformista declara su posición de identificación y defensa respecto a la República Española en su guerra civil con el franquismo. En 1939, una Convención Nacional de Centros estudiantiles se pronuncia por la paz y la neutralidad, contra la guerra y el fascismo. El Tercer Congreso nacional de estudiantes de 1942 proclama la lucha contra el fascismo, como parte de una lucha anti-imperialista.

La importancia de esta concientización y de esta movilización políticas del reformismo universitario como parte significativa del estudiantado no puede ser ignorada, pero tampoco sobrevalorada acríticamente. En primer lugar, el régimen oligárquico devuelve a la universidad una parte importante de la autonomía formal. Mantiene y refuerza sin embargo dentro de la universidad el predominio de personalidades, grupos y aparatos que contribuyen a preservar la hegemonía cultural-ideológica de la élite oligárquica dentro de la propia universidad y a escala de la sociedad nacional. En segundo lugar, el régimen no deja de ejercer una gama de presiones

y persecuciones de tipo administrativo y policial, que tienden a restringir o suprimir el pluralismo; a bloquear la proyección social e ideológica-política de la universidad y las posibilidades de profundización de la Reforma; a depurar la docencia; a obstaculizar la politización y la organización del estudiantado.

En tercer lugar, el movimiento universitario se escinde en grupos de intereses y en tendencias ideológico-políticas que se enfrentan en divergencias parciales o en antagonismos irreconciliables, con frecuencia bajo formas de violencia abierta (gremialistas contra politizados; izquierda socialista, contra izquierda comunista; izquierda en general contra radicalismo tradicional, nuevas tendencias nacional-populistas tipo FORJA o Frente Orientador Revolucionario de la Juventud Argentina, o núcleos fascizantes). Muchos dirigentes estudiantiles buscan más o menos abiertamente utilizar el reformismo y la autonomía universitaria como campo de acción y plataforma de lanzamiento para su carrera política nacional, y se convierten en simpatizantes, agentes o dirigentes de partidos extrauniversitarios.

De manera general, la universidad, los contenidos y alcances de su autonomía, la naturaleza y el funcionamiento del movimiento reformista, se ven afectados y modificados hacia fines de los años 1930 y comienzos de los 1940 por el impacto de la crisis no resuelta y de la encrucijada histórica en que el país se va internando. Las tareas de reajuste internacional, crecimiento económico, logro de un nuevo equilibrio sociopolítico, que clases, instituciones y partidos no parecen ser capaces de cumplir, serán asumidas por el Estado, a través de su sector más concentrado y ejecutivo: las Fuerzas Armadas. El 4 de junio de 1943 un golpe derriba al presidente conservador Ramón Castillo e instaura una dictadura militar que en poco tiempo da lugar al primer gobierno peronista.

Dictadura militar y bonapartismo populista (1943 - 1955)

El golpe del 4 de junio de 1943, y el gobierno que surge del mismo, tienen inicialmente un sentido puramente militar, de reafirmación del poder de casta, con una inspiración ideológica de tipo nazifascista. El primer apoyo civil está proporcionado por elementos de orientación nacionalista-clerical y fascizante cuyos excesos y torpezas aislan rápidamente al gobierno civil y producen las primeras manifestaciones de oposición organizada. La resistencia a la dictadura militar va agrupando, —por motivos y con grados

variables—, a sectores desplazados de la oligarquía conservadora, al gran empresariado industrial ligado con aquella y con intereses norteamericanos, a la clase media intelectual (especialmente profesores y estudiantes universitarios), a los partidos políticos p... ados de legalidad, y a Estados Unidos que miran con desconfianza la neutralidad y las simpatías pro-germánicas del nuevo régimen⁷.

La dictadura militar disuelve el Congreso y gobierna por decreto. Cancela las elecciones fijadas para septiembre de 1943. Designa en el gabinete, en los ministerios y en las intervenciones de provincias y de instituciones a notorios partidarios del Eje y a representantes vociferantes del espíritu y las orientaciones de tipo oligárquico, oscurantista, racista. La disidencia, la crítica, la prensa opositora, son sancionadas con la expulsión de los cargos públicos, la cárcel y el exilio. “Se prohibió la prensa judía, mientras numerosos diarios y semanarios con subsidio alemán, antisemitas y antidemocráticos, se publicaban sin impedimentos. Se proscribieron organizaciones proalidades. . . La embajada alemana siguió emitiendo toneladas de propaganda. La policía secreta merodeaba por calles, cafés, vestíbulos de hoteles, teatros. Los sospechosos eran arrestados, encarcelados y mantenidos en prisión sin juicio”.

“En octubre apareció impreso en unos pocos diarios valientes un manifiesto firmado por unos 150 intelectuales, profesionales y dirigentes comerciales; pedía libertad de prensa, “democracia efectiva. . . solidaridad con las demás repúblicas americanas. . . , cumplimiento de compromisos internacionales” y abandono de la idea de que la Argentina podía mantenerse aparte de los que “están luchando por la causa de la democracia”. La respuesta del gobierno fue una nueva represión. (El presidente) Ramírez designó como ministro de Educación a Gustavo Martínez Zuviría, un novelista que. . . había escrito más de treinta relatos de mediana calidad llenos de veneno contra la democracia, el comunismo, los extranjeros y los judíos. Se ordenó a Martínez Zuviría depurar las escuelas y universidades de la nación, y los profesores que habían firmado el manifiesto fueron los primeros en irse. Hubo osadas protestas. Alfredo Palacios, veterano socialista y rector de la Universidad de

7. Ver M. Kaplan, *50 años de Historia Argentina (1925 - 1975): El Laberinto de la frustración*, en *América Latina: Historia de Medio Siglo, I. - América del Sur*, Coordinación: Pablo González Casanova, Siglo XXI Editores, México, 1a. edición, 1977; Tulio Halperin Donghi, *La democracia de masas*, en *Historia Argentina*, Tomo 7, Paidós, Buenos Aires, 1972; Bernardo Kleiner, *20 años de movimiento estudiantil reformista (1943 - 1963)*, Editorial Platina, Buenos Aires, 1965.

La Plata, desafió al gobierno al negarse a dejar cesante a sus profesores, pero él mismo se vió obligado a dejar el cargo. Los estudiantes universitarios realizaron demostraciones, pero no tardaron en aquietarse" (momentáneamente)⁸.

La política educacional del gobierno militar es llevada a cabo en acuerdo directo con la Iglesia argentina, una de las más ultramontanas de América Latina. Las universidades fueron intervenidas y arrasadas por la "existencia de factores y elementos adversos a los sanos intereses de la nacionalidad" (Decreto No. 3953/1943, de intervención a la Universidad del Litoral). Se busca destruir el movimiento estudiantil, disolviendo centros y federaciones, "como consecuencia de las finalidades subversivas que persiguen y de sus relaciones con entidades comunistas y otras de carácter antisocial" (Decreto 13497/43, de disolución de la Federación Universitaria Argentina). La expulsión de profesores va de la mano con la suspensión de alumnos. ". . . Martínez Zuviría coloca títeres complacientes en las cátedras universitarias, introduce propaganda nacionalista en las escuelas públicas y añade la enseñanza religiosa, eliminada desde 1884, al programa escolar"⁹. No tarda en reanimarse la resistencia, estimulada por la temática internacional de enfrentamiento entre el bloque democrático y el bloque nazi-fascista y el comienzo de la derrota de éste. Ello se manifiesta en fuertes movimientos estudiantiles de oposición.

Obligada por un juego de presiones múltiples, a la vez internas e internacionales, la dictadura militar originaria se va transformando en una experiencia de bonapartismo populista cuyo jefe e inspirador es Juan Perón¹⁰. Este y su grupo se benefician con el apoyo y el uso de las fuerzas armadas, la policía, la burocracia gubernamental, la Iglesia, los inversores y el gobierno de Gran Bretaña. Aprovechan también una combinación de condiciones excepcionalmente favorables: acumulación de oro y divisas, afluencia de recursos fiscales, expansión de los mercados internacionales y nacionales, situación de altos precios y grandes ganancias para las empresas

8 - 9. Hubert Herring, *Evolución histórica de América Latina*, Tomo II, Eudeba, Buenos Aires, 1972, pp. 902 y 903.

10. Ver Felix Weil, *The Argentine Riddle*, The John Day Co., New York, 1944; Silvio Frondozí, *La Realidad Argentina, T.I. El Sistema Capitalista*, Praxis, Buenos Aires, 1955; Gilberto Ciria Perón y el *Justicialismo*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1977; Carlos Fayt y otros, *La Naturaleza del Peronismo*, Viracocha, Buenos Aires, 1967; T. Halperin Donghi, *La Democracia de Masas*, cit.; Louis Mercier Vega, *Autopsia de Perón-Balance del Peronismo*, Tusquets Editor, Barcelona, 1975.

dominantes, plena ocupación, inflación y prosperidad, posibilidad de una política distribucionista sin afectar a los grupos económica y socialmente poderosos. Ello se manifiesta además como coyuntura histórica de equilibrio fluctuante entre clases y grupos nacionales, y entre el país y las grandes potencias. Todo confluye en dar al grupo peronista el control del Estado y una amplia base de maniobra para el arbitraje, el juego de equilibrio entre las clases y los grupos, la captación y manipulación de las masas obreras y populares, el despliegue de la operación conservadora más refinada y eficaz de la historia argentina en el siglo XX.

El logro y el mantenimiento del poder requieren además la construcción de un aparato semi-totalitario de captación, control y represión. El equipo gobernante se estructura y funciona de acuerdo a pautas autoritario-verticales y personalistas. El monopolio de los medios de masas, de restricción o supresión de la prensa opositora, permiten una propaganda totalitaria que exalta a Perón y al régimen, y difunde la llamada *Doctrina Nacional Justicialista*. Es ésta un conglomerado de filosofía católica-medieval, falangismo español, principios de "Welfare State", y elementos de un seudomarxismo resultante de la hibridación entre la Vulgata stalinista y el nacional-populismo. Grupos clericales, conservadores, fascistas, reciben posiciones de control en la educación y la cultura a las cuales, —por su propia acción y a través de las clientelas burocráticas que ellos constituyen y manipulan—, empobrecen y degradan.

Se articula un formidable mecanismo represivo, aplicado por un aparato policíaco-militar que se refuerza y a cuyos miembros se da un trato privilegiado. La oposición política es fuertemente restringida (supresión de la libertad de expresión, persecuciones, encarcelamientos, asesinatos). El aparato semitotalitario es pieza clave para la estatización y burocratización del movimiento obrero, y para el comienzo de otras operaciones corporativizantes respecto a los sectores empresariales y profesionales que no lograrán completarse antes de la caída del primer gobierno peronista.

En lo que a las *universidades* y a su autonomía respecta, el balance del primer gobierno peronista es complejo y ambiguo, aunque en aquel lo negativo tiende a prevalecer.

Por una parte, el ámbito académico es afectado por la acción ideológico-política de signo totalitario y reaccionario que está en la esencia del peronismo. Las universidades son intervenidas primero,

y luego colocadas bajo el mando de autoridades y cuadros que se selecciona en general por su mediocridad, su reaccionarismo, su oportunismo, su obsecuencia hacia el general Perón y los miembros de su entorno inmediato.

La ley No. 13.031 anula en las universidades la autonomía, el gobierno tripartito y la participación estudiantil en aquel. Establece un régimen autoritario-vertical y corporativizante. Impone en las universidades el apoliticismo aparente. La política es prohibida en las universidades. Se proscribieron la Federación Universitaria Argentina, las federaciones regionales y los centros de estudiantes. Se exige un certificado policial de buena conducta para el ingreso a la universidad. Queda legalmente prohibido invocar o usar la condición universitaria en actividades políticas. El despliegue de cualquier matiz de heterodoxia ideológica o cultural y de práctica política opositora por parte de docentes y alumnos, es sancionado con variadas formas de represión. En la enseñanza superior, la Doctrina Nacional Justicialista es obligatoriamente impartida, y se vuelve materia imprescindible para la recepción del título académico. La docencia y la investigación universitarias retroceden, por el control y bajo el impacto de camarillas y orientaciones ideológicas de tipo oscurantista, irracionalista, chovinista y clerical.

Por otra parte, bajo el primer gobierno peronista se da una cierta democratización cuantitativa en la estructura y la composición de la universidad que hasta entonces, a pesar de su ideología oficialmente reformista y de su práctica autonómica, no ha dejado de ser esencialmente elitista.

La eliminación de los exámenes de ingreso, las becas, la supresión de aranceles, la gratuidad de la enseñanza, la reducción de los niveles de exigencia, producen el incremento cuantitativo en avalancha del estudiantado universitario.

Esta apertura, sin embargo, beneficia en lo fundamental a la clase media, sobre todo a la pequeña burguesía urbana, y de modo sólo muy marginal a sectores obreros. La creación de la Universidad Obrera (luego Universidad Tecnológica Nacional), medida progresista, evidencia la intención de no dar a los hijos de la clase trabajadora y de la baja clase media un canal de auténtico ascenso a una formación universitaria equivalente al de las instituciones académicas tradicionales.

La democratización cuantitativa se ve además contrarrestada por las restricciones cualitativas en los contenidos y orientaciones de la enseñanza y en los fines y alcances de la investigación, ambas restringidas por el acuerdo básico entre el régimen peronista, la Iglesia y la derecha conservadora o fascizantes. Es revelador al respecto que el principal aumento de estudiantes se dé en las carreras tradicionales, hijas privilegiadas de la vieja estructura nacional (abogacía, medicina, ingeniería civil).

La política de apertura no logra suscitar un apoyo masivo al régimen por el estudiantado universitario que se politiza, se organiza masivamente, se moviliza contra el gobierno con una representatividad, una energía y una eficacia notables que nunca tuviera antes y rara vez logrará después.

Movimiento conservador, "Gatopardo" que busca cambios mínimos para que todo siga siendo igual en lo esencial, el peronismo respeta el orden tradicional. Lo dirige y estructura un conglomerado de elementos heterogéneos, corruptibles y complacientes hacia la élite oligárquica, la gran empresa y toda forma de poder tradicional, a cambio de privilegios, favores y extorsiones. El paternalismo, el autoritarismo y el totalitarismo independizan relativamente al equipo gobernante de controles sociopolíticos efectivos. Esta situación, y la ideología incoherente, se traducen en programas erráticos y en una gestión contradictoria y caracterizada por la corrupción, el aventurerismo, la improvisación, la ineficiencia y el despilfarro.

Disimuladas por la euforia inicial, las limitaciones del régimen se revelan y agravan con el desarrollo de la crisis económica y social. El gobierno peronista no modifica la estructura tradicional del país, ni supera los factores de atraso y dependencia. La caída de la productividad y de la producción, el déficit fiscal, la carga impositiva, la inflación, la frustración de las expectativas redistribucionistas, afectan a las clases medias y populares. Desde la segunda presidencia (1951), el peronismo emprende la retirada respecto de sus pretensiones demagógicas de tipo nacional-populista; establece un esbozo de frente común con la gran empresa nacional y extranjera, conta las bases sindicales y las masas populares (exigencias de productividad, congelamiento de salarios y demandas sociales, represión de huelgas).

Todo ello no impide la constitución gradual de un frente antiperonista, que va abarcando a la clase alta, la gran empresa nacional y

extranjera, los intereses británicos, los sectores medios, la Iglesia, fracciones importantes de las Fuerzas Armadas. En este proceso, el movimiento estudiantil como actor, la universidad como arena de conflicto y lucha, adquieren una considerable importancia, contribuyen de manera no desdeñable a la preparación y el triunfo del movimiento cívico-militar que el 16 de septiembre de 1955 derroca al gobierno peronista. Se abre entonces una nueva y decisiva fase de la historia social y política de la Argentina contemporánea, que llega hasta el momento actual, y en la cual la situación de la Universidad, su autonomía y su proyección así como la naturaleza y la función del movimiento estudiantil, serán replanteadas de manera novedosa y profunda.

De la "Revolución Libertadora" al neofascismo

El proceso general

De 1955 a la fecha se despliega una fase de *crisis permanente*. La clave de su inteligibilidad se da en la contradicción entre los intentos de implantar un neocapitalismo tardío y dependiente, y la multiplicación de costos y conflictos que surge de la creación de premisas de tal proyecto, de su implantación y de sus consecuencias¹¹.

Argentina se reajusta al nuevo sistema mundial caracterizado por la concentración del poder en la bipolaridad Estados Unidos-Unión Soviética, y al desplazamiento de la hegemonía británica por la norteamericana. El país sufre un proceso de crecimiento irregular y desequilibrado en la economía y de cambios rápidos y conflictivos en la sociedad. El latifundio y la producción agraria se modernizan, y conservan un predominio socioeconómico considerable, en combinación con un desplazamiento del eje de la nación hacia la constelación hiperurbanización-industrialización-Estado.

Desde las postrimerías del primer gobierno peronista va emergiendo un neocapitalismo tardío y dependiente. Se configura a partir

11. Ver M. Kaplan, *50 Años de Historia*. . . , cit.; T. Halperin Donghi, *Argentina en el Callejón*, ARCA, Montevideo, 1964; Torcuato S. Di Tella, *Stalemate or Coexistence in Argentina*, en *Latin America-Reform or Revolution, A Reader edited by James Petras and Maurice Zeitlin*, Fawcett, New York, 1968; M. Kaplan, *El Leviathan Criollo*, en *Nueva Política*, Volumen II, Nos. 5 - 6, Abril - septiembre 1977, México; J. C. Portantiero, *Economía y política en la crisis argentina, 1958 - 1973*, en *Revista Mexicana de Sociología*, Año XXXIX, Vol. XXXIX, No. 2, México, Abril - Junio 1977.

de la unidad sin identidad entre gran empresa nacional y corporación multinacional, que controlan los sectores modernos y dinámicos y predominan en el sistema, sin dejar de coexistir con empresas semimodernas y con una masa de unidades medianas y pequeñas de productividad y rentabilidad menores. La producción se reestructura y opera en función de la importación de tecnología sofisticada y ahorradora de mano de obra, y de la especialización para la exportación de viejo y nuevo tipo y para un mercado interno de grupos sociales altos y medios de mayor afluencia y de masas urbanas. La gran empresa aprovecha el proteccionismo estatal, la disponibilidad de mano de obra relativamente barata y conformista, la modernización tecnológica. El proyecto de mero crecimiento se disocia de la perspectiva de desarrollo integral; exige una distribución desigual del ingreso, la depresión de los niveles de remuneración y consumo, un orden social y político que mantenga la falta de participación y el sometimiento de las mayorías.

Este proyecto entra en contradicción con la nueva estratificación social, con el clima cultural-ideológico y con el proceso sociopolítico. Clases y grupos pujan por la participación en el poder, el ingreso y los beneficios de un crecimiento suficiente para generar expectativas y demandas, pero insuficiente para satisfacerlas. Debilitada en su hegemonía, incapaz de representación política propia y de monopolio gubernamental, la oligarquía conserva bases y poderes de tipo económico, social e ideológico, y capacidad de influencia y de control sobre el Estado. Se adapta y autotransforma en élite oligárquica, compleja en su composición y apta para articular un sistema de alianzas con grupos e instituciones del interior y del sistema internacional. Ello va acompañado por la aparición tardía, la debilidad relativa, el apaciguamiento, la falta de autonomía y de proyecto propio de los otros sectores fundamentales: clase media, empresariado nacional, proletariado industrial, marginales. Todos ellos, sin embargo, irrumpen y presionan en el sistema, inciden con sus demandas y movilizaciones en la economía, la sociedad, y la política; trastruecan el equilibrio del conjunto y frustran diversas alternativas políticas durante todo este período.

El proceso de cambio se caracteriza cada vez más por lo sorpresivo, lo desigual y combinado; entrelaza elementos de progreso, de estancamiento y de regresión. No desemboca en alguna forma de definición histórica ni de reestructuración societal que integre todo bajo el signo de una racionalidad prevaleciente (regresiva, estacio-

na o progresiva). Esta característica general se entrelaza con fenómenos similares en la cultura y la ideología en la política.

La esfera cultural-ideológica se caracteriza por la proliferación, la heterogeneidad y la confusión. La élite oligárquica no pierde su hegemonía, la refina y extiende. Al mismo tiempo, en la sociedad nacional, y sobre todo en las clases medias y populares se difunden y coexisten, compiten y se entrelazan, se influyen e interfertilizan, las ideologías del nacional-populismo, de las variedades de la izquierda, del desarrollismo.

En lo político, se multiplican las trabas para las formas racionales de acción política, y para el logro de un consenso amplio, duradero y operativo sobre fines y tareas nacionales. Proliferan las divergencias, las situaciones de incoherencia, empate y parálisis. Se dificulta o imposibilita la formulación de los problemas, el logro de soluciones en las cuestiones básicas del desarrollo nacional. Instituciones y partidos se van volviendo incapaces de aglutinar y expresar congruentemente a las clases y grupos en términos de doctrina, estrategia y tácticas. Los partidos se rutinizan y esclerosan, se incapacitan para los cambios y los desafíos, pierden representatividad, capacidad operativa, importancia y credibilidad; se desgarran y escinden.

Esta constelación política es efecto y causa de un *empate histórico*, de un equilibrio inestable entre clases, grupos y órdenes institucionales, de una crisis de hegemonía que durante más de dos décadas no alcanza a resolverse en algún sentido definido. De todas maneras, se va planteando y acentuando una contradicción fundamental entre el modelo neocapitalista en emergencia, que multiplica víctimas y conflictos, y requiere un orden autoritario, por una parte, y el desgaste y la crisis de las formas tradicionales de dominación política y de Estado. En un cuarto de siglo de crisis política a la vez orgánica y endémica, la legitimidad se agrieta, la brecha de consenso se ensancha, los recursos coercitivos parecen insuficientes. Todo ello dificulta e impide a la vez el mantenimiento de la vieja hegemonía oligárquica o su renacimiento bajo nuevas formas y con bases e instrumentos diferentes, y el establecimiento y perduración de una democracia liberal de participación ampliada.

La crisis de la dominación oligárquica y del sistema político se expresa en movimientos, partidos y gobiernos que a la vez reflejan esa crisis, la prolongan e intentan superarla. Estos experimentos

políticos (democrático-liberales, desarrollistas, nacional populistas, de vieja o de nueva izquierda) no destruyen la dominación neo-oligárquica, la afectan pero también la preservan. La élite oligárquica, los grupos e instituciones que con ella se alían, aceptan, promueven o aprovechan estos experimentos como imposición inevitable, mal o menor o alternativa provisoria, pero nunca se reconcilian con ellos ni los controlan totalmente. Finalmente, la élite oligárquica y sus aliados buscarán resolver definitivamente el problema de la hegemonía, en su propio beneficio, mediante soluciones autoritarias que se aproximan gradualmente a un proyecto fascista y terminan por confundirse con él.

Desde 1930 no ha dejado de incrementarse el papel del Estado como actor político; sus intervenciones, agencias e instrumentos; su decisiva incidencia en las instancias y procesos fundamentales de la sociedad argentina. Surgen nuevos elencos políticos y administrativos, técnicas más sofisticadas, una nueva tecnoburocracia. El Estado y su personal despliegan un comportamiento ambiguo. Resultan cada vez más indispensables a la gran empresa y al logro de las condiciones de reproducción y avance del neocapitalismo, pero no se modernizan con la intensidad y velocidad requeridas por el modelo que se quiere imponer. Su aparato, su cultura y su ideología, su estilo de funcionamiento, se van volviendo obsoletos e inadecuados. Un juego de presiones múltiples de clases y grupos pujan sobre el aparato y el personal del Estado para satisfacer sus intereses particulares en condiciones de crecimiento insuficiente, conflictos incrementados y desequilibrios difícilmente superables. La restringida capacidad del Estado para actuar como agente eficaz de *algún* modelo de desarrollo, sus fallas y limitaciones, se agravan por la tendencia a combinar el neoliberalismo económico, el conservatismo social, el oscurantismo cultural y el autoritarismo político.

En el interior y como parte esencial de este proceso, las Fuerzas Armadas se van perfilando como corporación con intereses y objetivos propios, con una tendencia irreversible a la politización, al ejercicio de la tutela sobre la nación, a la monopolización del poder y a la autonomización relativa. Además, una parte considerable de las Fuerzas Armadas se vuelve élite profesional, tecnoburocrática, y combina así la sofisticación técnico-científica con el monopolio de los medios de violencia y control. Las Fuerzas Armadas se sirven y se promueven a sí mismas, coparticipan fuertemente en las coaliciones, tienden a lograr la hegemonía.

En coincidencia y convergencia con este proceso, un estrato tecnoburocrático civil se expande y aumenta su significación cuantitativa. Sus miembros buscan en el pretendido monopolio del saber cómo el medio de ascender en ocupación, ingreso, prestigio y poder político, y de integrarse en el grupo gobernante y en la clase dominante. Se identifican con el modelo neocapitalista; se ofrecen y operan al servicio de los que mandan; convergen con la tecnoburocracia militar y establecen con ella relaciones de cooperación y de interdependencia asimétrica.

Esta constelación de fuerzas y procesos da la trama y la clave de la sucesión de gobiernos del último cuarto de siglo: los que intentan reajustar el sistema y el proceso político a las exigencias del modelo neocapitalista ("Revolución Libertadora", presidencias de Frondizi, Guido, Onganía, Videla), y los gobiernos que asumen las resistencias a dicho modelo y las demandas de amortiguación o modificación del mismo (presidencias de Illía, Cámpora, Perón).

De un golpe militar a otro (1955 - 1966)

La llamada *Revolución Libertadora* (1955 - 1958) busca salvar al sistema de la crisis, combinando en un híbrido peculiar el sueño de un retorno al mundo anterior a 1943 o incluso a 1916, con la creación de las bases de un crecimiento neocapitalista, en favor de la élite oligárquica y sus aliados y a costa de las masas populares y sus posibilidades de movilización y participación. El proyecto no se cumple de modo inmediato y pleno, por el peso de la herencia del peronismo (expectativas de masas, secuelas negativas y críticas), por la explosión de esperanzas y reivindicaciones después de la caída de dicho régimen en 1955, y por la inexistencia o la insuficiencia de alternativas políticas que sean a la vez atractivas y viables. La coalición en el poder, las clases y los partidos se escinden y se reorganizan en función de la crisis sociopolítica y de dos grandes ejes, conservador-liberal uno y nacionalista-clerical el otro. El gobierno provisional se disgrega y debilita, se ve obligado a limitar su gestión y a convocar a elecciones presidenciales.

En este contexto se dan cambios importantes en la situación de la universidad y del movimiento estudiantil reformista. Las tendencias más reaccionarias que operan en el seno del Gobierno Provisional desean imponer situaciones y soluciones conservadoras y regresivas en la universidad, pero descubren rápidamente su incapacidad para hacerlo. Las aspiraciones a la democratización y a la autono-

mización de la universidad se concretan parcialmente pero en medida considerable a partir de 1955, como ineludible retribución de la "Revolución Libertadora" al apoyo que estudiantes y profesores reformistas prestaron al proceso de derrocamiento del gobierno peronista, y en parte como conquista lograda por las presiones y luchas del movimiento universitario.

Antes que el Gobierno Provisional de 1955 decrete la intervención de las universidades, éstas son tomadas por los estudiantes, que en asambleas desconocen la retrógrada Ley No. 13.031 del régimen peronista. Las organizaciones estudiantiles se hacen cargo del gobierno provisional de cada universidad, y luego se suman a este proceso profesores y graduados. Las ocupaciones de universidades de 1955 y 1956 dan paso a la organización de su gobierno tripartito, primero de hecho y luego de derecho. La autonomía universitaria es restaurada y mantenida, aún bajo gobiernos *de facto* como la propia "Revolución Libertadora" y como el futuro gobierno Guido.

El movimiento estudiantil amplía su base de masas y extiende y refuerza sus organizaciones (asambleas, centros). Incrementa su participación y su proyección políticas. Se asume y opera como bloque democrático y progresista y pretende generar y dirigir desde la insularidad universitaria cambios sustanciales en la sociedad nacional. La política universitaria es usada como fase inicial de carreras hacia el poder, el prestigio y la influencia en los niveles e instituciones fundamentales de la sociedad nacional. El movimiento estudiantil y la universidad se implican en problemas y procesos políticos que desbordan la dimensión académica y contribuyen a romper su relativa homogeneidad anterior de uno y de otra a través de la escisión en tendencias divergentes o antagónicas: reformismo tradicional, demoliberalismo, variantes de la izquierda, humanismo católico, y más tarde un nacional populismo de signo cada vez más peronista.

Por otra parte, la derecha en sus diversos matices, pero sobre todo en su versión más intolerante y agresiva, no admite las implicaciones democratizantes de la autonomía universitaria y de la politización estudiantil, e inaugura la operación tendiente a constituir centros especiales de formación de élites alternativas. El presidente Pedro E. Aramburu, por la influencia de los sectores reaccionarios representados por el ministro de educación Atilio Dell'Oro Maini, dicta y promulga una serie de decretos-leyes, luego ratifica-

dos por el futuro Congreso como Ley 14.467, que incluyen a través de un artículo 28 el reconocimiento de universidades privadas, convertidas luego cada vez más en sedes de formación y acción de grupos nacionalista-clericales y cientificista-tecnoburocráticos. Esta iniciativa del ministro Dell'Oro Maini, "... provocó intensa reacción en las universidades nacionales —gobernadas por interventores designados previas consultas con los dirigentes estudiantiles y consagrados a una vasta depuración del cuerpo docente heredado del régimen peronista— y llevó finalmente a la renuncia del ministro y la decisión oficial de mantener en suspenso la vigencia de la discutida norma. . . "12.

En las elecciones generales de 1958 es elegido presidente Arturo Frondizi, candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente, escisión del partido radical. La U.C.R.I. es un grupo minoritario y heterogéneo de dirigentes y cuadros partidistas, intelectuales y tecnoburócratas, ex-izquierdistas, empresarios fuera de la élite oligárquica. Propone un "Frente Nacional", un movimiento y un gobierno integradores de todo y de todos y una ideología desarrollista, como alternativa a la crisis y a lo que se pretende amenaza subversiva del peronismo y de la izquierda, y como prerrequisito para el modelo de crecimiento neocapitalista que con el frondizismo esboza ya claramente su voluntad de implantación y primacía. La UCRI frondizista se presenta como garantía para los grandes grupos de intereses y de poder, nacionales e internacionales, y al mismo tiempo busca el apoyo de la pequeña y mediana empresa, la clase media, las masas urbanas. Combina fórmulas progresistas y compromisos reaccionarios, demagogia obrero-populista, nacionalismo, desarrollismo, granos aislados de las ideologías de izquierda. Arturo Frondizi y la UCRI triunfan porque rompen en su favor un equilibrio político inestable, por la conjunción de dos elementos: el pacto político-electoral con el general Perón, las garantías ofrecidas al Gobierno Provisional y a las Fuerzas Armadas sobre la continuidad en lo fundamental de la "Revolución Libertadora". En la contradicción entre la multiplicidad de compromisos contraídos para llegar al gobierno y permanecer en él reside desde el principio la clave de la fragilidad y de la frustración final del régimen frondizista. El problema universitario es uno de los ejemplos significativos de esta problemática.

12 - 13. Halperin Donghi, *La democracia. . .*, cit., pp. 103 y 117; Halperin Donghi, *Argentina. . .* cit., p. 96.

Es al presidente Frondizi a quien corresponde el cumplimiento de la operación tendiente a la legalización definitiva de las universidades privadas. Ello implicaba ante todo el cumplimiento de viejos compromisos con la Iglesia argentina, ya contraídos en la fase del primer gobierno peronista. Caído éste, el candidato Frondizi asegura que su partido no tiene ni su futuro gobierno tendrá rivalidades o problemas con la Iglesia. “. . . La benevolencia eclesiástica fue abiertamente solicitada por el doctor Frondizi al responder positivamente a casi todas las exigencias planteadas públicamente por el episcopado en vísperas electorales. . .” (pronunciamientos a favor de las llamadas libertad de enseñanza y contra el divorcio absoluto). Elegido presidente, en septiembre de 1958, Arturo Frondizi cumple su promesa a los obispos, concediendo autorización para que las universidades privadas otorgaran títulos académicos. Ello “provocó violenta lucha en septiembre de 1958: a una manifestación católica respondió otras dos veces mayor en contra de la innovación propuesta; mientras muchos diputados intransigentes luchaban sin éxito con su conciencia, no pocos senadores la vencían gallardamente, y con la aprobación unánime de la alta cámara el proyecto caro al presidente recibía existencia legal. En las calles se llegó a levantar barricadas. Muy curiosamente, la defensa de la tradición laica, que según comentaristas benévolos de la política presidencial sólo podía interesar a muy reducidas minorías, pues no figuraba entre los “grandes problemas nacionales y populares”, logró sin embargo reunir coléricas muchedumbres. . .”¹³.

Afectada por limitaciones, ambigüedades y contradicciones internas de todo tipo, y comenzado ya su acoso a la vez desde adentro y desde fuera, la universidad estatal autónoma conoce sin embargo entre 1956 y 1966 uno de los más brillantes períodos de su historia, sin duda el último hasta el presente. Su autonomía es respetada hasta por una dictadura militar encubierta por la subsistencia de un presidente dudosamente constitucional como es el gobierno de Guido. Es aún más respetada y protegida por el siguiente gobierno radical del presidente Arturo Illía (1963 - 1966). Pese a sus limitaciones que no es del caso examinar aquí, el presidente Illía y su gobierno se caracterizan por la consistencia de sus prácticas democráticas; la honestidad administrativa; la firmeza nacionalista frente a las presiones de gobiernos y corporaciones de grandes potencias; la continuidad del crecimiento económico; la falta de gravedad y la negociación sin represión de los conflictos sociales; el escrupuloso respeto a las libertades políticas, intelectuales y aca-

démicas. Curiosamente, es contra tal gobierno que se acrecienta y descarga la agresividad y la agitación del movimiento estudiantil que contribuye —en medida no decisiva pero sí considerable— a la creación de condiciones favorables al derrocamiento del gobierno radical por el golpe militar de 1966 que unge presidente al general Onganía.

Es hacia esta época que se puede ubicar y analizar los factores y procesos de una crisis universitaria cuya hondura y gravedad se irán desde entonces manifestando e incrementando de modo irreversible.

La crisis de la universidad¹⁴

El microcosmos de la universidad se ubica en el macrocosmos de la sociedad nacional y se corresponde con él. Una correlación cada vez más estrecha y obvia se ha ido dando entre la crisis general de la sociedad y del sistema político nacionales y la crisis interna de la universidad. Esta se convierte en el reflejo y el foco de las contradicciones, y conflictos de la sociedad argentina; las anticipa, las reproduce y amplifica. La crisis universitaria entrelaza elementos funcionales, institucionales y sociales.

El contexto social, los fines y modos de organización y funcionamiento de la universidad se modifican. Su sistema tradicional se tensiona y conflictúa por la explosión de demandas cuantitativas y cualitativas. La universidad ha sido y sigue siendo el lugar de selección y formación de profesionales y de miembros de las élites intelectuales. Al mismo tiempo, se le pide que sea o llegue a ser centro de elaboración y difusión de modelos cultural-ideológicos y científico-técnicos que requiere el sistema y el modelo de crecimiento neocapitalista. Se espera de ella que satisfaga las aspiraciones a la ocupación y a la promoción social mediante la educación. A la universidad se le formulan nuevas demandas societales de conocimientos y técnicas que se requieren para el mantenimiento del sis-

14. Sobre la crisis de la universidad adelanté algunas ideas en M. Kaplan, *La Ciencia Política Latinoamericana en la Encrucijada*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1970, y M. Kaplan, *La investigación latinoamericana en ciencias sociales Jornadas 74, El Colegio de México*, 1973. Ver también: H. A. Steger, *Las universidades en el desarrollo...*, cit.; D. Ribeiro, *La universidad...*, cit.; G. Weinberg, *Trayectoria de la Universidad de Buenos Aires*, *Deslinde*, No. 23, UNAM, México, 1972; Resieri Frondozi, *La universidad en un mundo de tensiones: misión de las universidades en América Latina*, Paidós, Buenos Aires, 1971, Jorge Witker, *Universidad y dependencia científica en América Latina*, UNAM, México, 1976.

tema, su reforma o su transformación social. Los cambios en las capas intelectuales se interrelacionan con la amplificación del papel político de las instituciones de educación superior.

La universidad experimenta un crecimiento autoacumulativo y acelerado. El aflujo masivo de estudiantes no es absorbible por una estructura tradicional constituída para pequeñas élites, que se ve desbordada, sumergida, amenazada de explosión interna. Se produce una frustración creciente de expectativas, agravada por la crisis de las finanzas del Estado, y por los rasgos y efectos de la constelación *desarrollo insuficiente-dependencia externa*. La inundación de demandas y la creciente escasez de recursos determinan el agobio de trabajo, el desgaste de las estructuras y los mecanismos, la baja de rendimiento en cantidad y en calidad.

El descenso en el nivel de docencia e investigación universitarias y en la calidad del profesional que forman, es en parte paralelo y en parte interrelacionado con el proceso nacional de estancamiento y regresión que reduce posibilidades ocupacionales, de ascenso social, de status, de prestigio e ingreso. Aunque de manera lenta y contradictoria, el espejismo del ascenso social por la educación superior empieza a desvanecerse. Comienza a surgir y a extenderse un estrato de *lumpenintelectuales*; lo integran todos aquellos incompleta o deficientemente formados en sus respectivas profesiones, cada vez menos capaces de competir en el mercado de trabajo por una ubicación satisfactoria, frustrados en sus vocaciones y expectativas, impregnados de un resentimiento difuso pero hiperactivo que busca canales y víctimas expiatorias para su descarga (real o simbólica).

A los aspectos cuantitativos que se indicó, se agregan otros, en parte de la misma índole en parte cualitativos. El crecimiento numérico de la universidad acumula una masa estudiantil, profesoral y administrativa que no es inerte ni fácilmente controlable, en un estado de malestar y rebelión virtualmente permanente, aunque sujeto a flujos y reflujos. Al surgimiento e incremento de ese estado de ánimo rebelde y de ese comportamiento explosivo contribuyen: la procedencia de un número creciente de miembros de la comunidad universitaria de capas subalternas y dominadas; la creciente revelación del espejismo de ascenso social por la educación; las nuevas contradicciones en la selección de élites y en la creación y confrontación de modelos políticos y de ideologías que los justifican. Una parte considerable del estudiantado, un

sector significativo del profesorado joven y del sector laboral, tienden a rechazar por principio las formas y las imágenes oficiales de jerarquía, de manipulación y de dominación, como parte de un reflejo anti-autoritario universalizado dentro y fuera del país. A ello se agrega la pérdida de legitimidad y consenso respecto a las autoridades universitarias.

El sistema tradicional de selección y formación de élites, y de producción y distribución de saber, tiene su correlato en una organización y en una estructura de poder transmitida de fases anteriores. El gobierno formal de la universidad, aún en los momentos de apertura y democratización relativa, sigue a cargo de una oligarquía de profesores reclutados y promovidos sobre todo por cooptación, dotada en teoría de autonomía y en la práctica de poderes no desdénables. En realidad, el Estado argentino nunca ha dejado de intervenir ni de decidir directa e indirectamente en los asuntos universitarios, a través de la asignación del presupuesto, del control político-administrativo, del reglamentarismo de los grados, de la represión de las disidencias y heterodoxias. Los poderes públicos aseguran la subsistencia de la universidad, regulan los modos de funcionamiento, limitan los alcances de las actividades académicas. La estructura de poder opera como factor de rigidez y parálisis. Una parte importante de las autoridades y profesores deja de legitimarse por el monopolio del saber académico y de la capacidad dirigente. Se ha esclerosado por su propia naturaleza y por su situación, en tanto que la rapidez de los cambios socioeconómicos y políticos y de la revolución científico-tecnológica la desactualiza irremisiblemente. La autoridad político-administrativa y profesoral de la universidad aparece como enemiga de las actitudes de búsqueda, crítica, descubrimiento e innovación. Al poder sin saber de la oligarquía profesoral se va contraponiendo el saber sin poder de sectores avanzados de jóvenes docentes e investigadores y de estudiantes brillantes, y el cuestionamiento común de ambos sectores respecto de la distribución y uso del poder en la universidad. La crisis social y la institucional se entrelazan y realimentan. La universidad en su conjunto se revela crecientemente incapaz de satisfacer expectativas y demandas diferentes y con frecuencia antagónicas. El conservadurismo de la oligarquía profesoral converge con la incuria y el reaccionarismo de la mayoría de los gobiernos, en la determinación de una incapacidad intrínseca de la universidad para la adaptación al cambio y para la innovación deliberada.

El clima interno de frustración y de explosividad a la vez se expresa y se refuerza por un *proceso híbrido de politización y seudopolitización*. La masa heterogénea (alumnos, docentes, investigadores, trabajadores administrativos y manuales) que se acumula cada vez más en la universidad, incluye elementos y grupos con poca o ninguna adhesión al modelo vigente de sociedad y política. La universidad en parte pretende y en parte logra convertirse en un centro de libre examen; de debate pluralista de grandes problemas nacionales e internacionales; de producción y confrontación de conocimientos, ideas y valores; de proposición de fórmulas diferentes de desarrollo y sociedad; de crítica e impugnación del sistema; de agitación ideológica y de organización y movilización políticas.

Este proceso de *politización* tiene una dimensión positiva, y de impacto múltiple, por ejemplo en efectos descongelantes y desafíos renovadores; y en problemas de hegemonía y de formación de élites y contra-élites políticas y cultural-ideológicas. Su contrapartida negativa se da a través de formas de *seudopolitización*. En ellas, las motivaciones legítimas y las aportaciones positivas de la politización real encubren una guerra entre diferentes camarillas y sectores; la utilización de las fracciones y masas universitarias como grupos de presión y bases de maniobra; su manipulación e instrumentación para fines particularistas e inconfesables; su contribución al predominio de un estilo de baja politiquería y corrupción, a la crisis, la anarquía y la destrucción eventual de la universidad. Ello se manifiesta y refuerza por el verdadero *pandemonio ideológico* que va surgiendo e imponiéndose en la universidad, sobre todo desde 1955 en adelante.

Una de las características más notables de este período es precisamente la proliferación, la heterogeneidad y la confusión de *pautas y tendencias ideológicas*: conservadurismo tradicionalista; conservadurismo modernizante bajo forma desarrollista, científicista y tecnoburocrática; nacional-populismo, izquierda¹⁵.

Globalmente considerado, pero sobre todo en su versión tradicionalista, el *conservadurismo* expresa el hecho decisivo que la oligarquía logra refinar y extender su hegemonía en la esfera cultural-ideológica. Impone una concepción del mundo que combina elementos de liberalismo económico, reaccionarismo social sofisticada-

15. Ver M. Kaplan, *50 años de Historia...*, cit., y *Modelos Mundiales y Participación Social*, F. C. E., México, 1974.

do, autoritarismo político, simpatía latente o encubierta por el fascismo. Propone el modelo paradigmático de una Argentina tradicional a modernizar parcial y superficialmente. Recusa todo elemento y proyecto de cambio que no coincida con los rasgos, fines y exigencias de un modelo combinatorio del retorno a lo "mejor" del país finisecular y del neocapitalismo a realizar, toda tendencia que contradiga o amenace dicho modelo. Define restrictivamente los límites de vigencia y los alcances reales del sistema democrático. Rechaza el pluralismo y la libertad para las actividades y los actores de la literatura y el arte, la ciencia y la tecnología, en la medida que unas y otros diverjan del modelo adoptado.

A este último respecto, y en relación a todo lo referente a la universidad y a su autonomía, el conservadurismo en sus diversas formas ha implicado: la primacía de dogmas y prejuicios contra las ocupaciones y actitudes de búsqueda, innovación, crítica; la reivindicación de todo lo que sea tradicionalismo, orden como valor en sí, inmovilidad mental; el monopolio cultural e ideológico para la élite oligárquica, sus aliados y cómplices; la negación de libertades para el análisis crítico, la especulación, la experimentación, la difusión y la confrontación, de orientaciones y resultados; la proclividad al uso del autoritarismo y la represión para dirimir divergencias y oposiciones.

En su versión *modernizante*, el conservadurismo se manifiesta como una constelación *desarrollismo-cientificismo-tecnoburocracia*¹⁶. Inicialmente elaborada o reivindicada por el *frondizismo*, y asumida luego por tendencias centrales de un autoritarismo fascizante dentro y fuera del poder, el desarrollismo se da como variante de un economicismo reduccionista. Denuncia la dependencia y el atraso, y para su superación propone un modelo de mero crecimiento, encubierto con la imagen del desarrollo integral, que racionaliza y legitima los rasgos y requerimientos del neocapitalismo tardío y dependiente. El núcleo central de esta ideología es la idea del crecimiento (material, económico, unidimensional, unilineal, ilimitado); su logro a través de y para la productividad, la eficiencia, el rendimiento, la producción, la acumulación, la posesión, el beneficio, el ingreso, el consumo, el poder.

16. Ver bibliografía citada en (15), y M. Kaplan, *La Ciencia en la Sociedad y en la Política*, Sep- 70 México, 1975.

Sus efectos ineludibles y aceptados son: el reduccionismo, el fatalismo y el conformismo, la selectividad destructiva. El crecimiento económico permite acceder a la grandeza del país y al bienestar colectivo, pero está en relación de interdependencia asimétrica con la noción de seguridad nacional en lo interno y en lo externo en la cual dicha noción tiene la primacía. El crecimiento implica y requiere la integración nacional, la colaboración social, la alianza de clases en la versión frondizista o la unidad nacional monolítico-vertical en la versión del general Onganía y del general Videla, el orden estable, el respeto a las formas prevaletentes de dominación y explotación, la reducción o la supresión de los conflictos sociales.

El desarrollismo se entrelaza e identifica con el cientificismo y el tecnoburocratismo. La ciencia y la técnica son presentadas como sistema autónomo, aislado de la sociedad, investigación de una verdad absoluta y universal, única forma legítima de racionalidad. El saber científico es asimilado a todo lo que es o puede ser captable y expresable cuantitativamente, formalizable, repetible a voluntad en laboratorio. Ello le da los caracteres de objetividad, verdad, universalidad, validez para todo tiempo, lugar, ser o fenómeno. El conocimiento y la acción se fragmentan y especializan. Toda cuestión de conocimiento, todo problema a solucionar, corresponden al dominio particular de una u otra disciplina parcelada, son patrimonio exclusivo de sus expertos, los únicos que saben, comprenden y deciden adecuadamente. Para sus especialistas con vocación tecnoburocrática, ciencia y técnica son ante y sobre todo una fuente de status, prestigio y poder; un mecanismo de integración en la élite dirigente y en la clase dominante. Incluidos fatalmente a la simplificación de la realidad y de sus interpretaciones, y a la despreocupación por el control del uso del trabajo y de sus resultados y por sus consecuencias sociales y políticas, cientificistas y tecnoburocratas tienden también en una proporción considerable a la legitimación del modelo productivista-consumista-disipatorio de economía, sociedad y cultura y a la simpatía y colaboración con regímenes autoritario-fascistizantes.

El *nacional-populismo* cuya expresión culminante es el peronismo, privilegia la denuncia verbal y la hostilidad simbólica contra la dominación extranjera y la oligarquía tradicional. Asume y cumple la reivindicación orgánicista de una nación estructurada como bloque monolítico, la idealización de un pasado simplificado y mitificado, la promesa declaratoria de un destino manifiesto de poten-

cia. Escamotea o repudia los grandes conflictos sociales e ideológico-políticos como amenaza de la unidad necesaria. Exalta demogógicamente las masas depuradas de contaminaciones clasistas como actor necesario y beneficiario legítimo de la justicia redistributiva. Enfatiza el autoritarismo vertical del líder carismático, sus servidores y herederos, y el encuadre riguroso de las bases populares que la retórica proclama sujeto de la historia y la práctica convierte en objeto pasivamente manipulable del caudillo y de su aparato.

Operación conservadora, la más refinada y eficaz de la historia argentina contemporánea, el peronismo no deja de cumplir tal función también en la universidad, en el primer gobierno como en el segundo, aunque con diferencias de bases sociales y prácticas políticas, de énfasis y matices, entre uno y el otro. Ello se manifiesta ante todo por el despliegue de un anti-intelectualismo irracionalista, en el que convergen la personalidad y las proclividades del líder Juan Perón, el creciente peso específico del estrato de lumpenintelectuales, la demagogia primitiva respecto a las masas que se desprecia y respecto de las cuales sólo lo más bajo o vulgar es necesario o conveniente en materia de educación, cultura o ciencia. El anti-intelectualismo irracionalista se manifiesta como odio al espíritu crítico, negación del método de investigación o impugnación de sus resultados, propensión a la extensión del autoritarismo a la cultura y la ciencia y a sus especialistas.

Como reflejo de un proceso de crisis y atomización, tanto en la *izquierda tradicional* como en la *nueva izquierda* emergente, se da una proliferación extrema de tendencias ideológicas, cuyas subdivisiones y variantes tienden al infinito. La variabilidad coexiste con la comunidad de rasgos y resultados que limitan la potencial fertilidad del fenómeno: superficialidad, sobreideologización, énfasis discursivo, escolasticismo, dogmatismo, mitologización, fatalismo triunfalista, mimetización táctica y adaptación demagógica a ideologías influyentes sobre las clases medias y populares (sobre todo el nacional-populismo peronista, pero también ciertos elementos del desarrollismo). Al nivel de la universidad, ello se ha manifestado por tendencias y fenómenos de signo negativo o destructivo: reduccionismo, determinismo, mecanicismo lineal, subestimación de todo lo que se considera superestructural y de los intelectuales; contraposición dogmática y mitológica entre "ciencia burguesa" y "ciencia proletaria", y entre "cultura de élites" y "cultura de masas". A ello se agrega la proposición de la necesidad de esperar pasivamente el cambio radical de la sociedad para recién después

enfrentar y resolver los problemas de la cultura, la ciencia y la técnica. De modo similar, se exige a los intelectuales, científicos y técnicos que abandonen su actividad específica en beneficio de un compromiso militante más o menos exclusivo y excluyente, en favor de un aparato de partido o grupo al cual hay que subordinarse y que se constituye en criterio de verdad en todo, incluso en la propia actividad profesional.

Las fronteras y diferenciaciones entre estas corrientes son más tenues y menos significativas de lo que aparece en una apreciación superficial que se atenga a las explicitaciones formales. Los componentes de estas ideologías y sus adherentes se acercan sin dejar de competir: comparten premisas, orientaciones y resultados; se influyen, se interpenetran y se interfertilizan. Esta convergencia surge ante todo de un reclutamiento predominante en la clase media; de las aspiraciones de los dirigentes y adherentes al mejoramiento de sus posibilidades como grupos e individuos, de la aspiración a convertirse en élite dirigente y a comportarse como tal. La convergencia se revela además en fenómenos y consecuencias tales como: aceptación o reivindicación de elementos irracionales; autoritarismo suficiente en la pretensión de imponer la propia ortodoxia; sectarismo; desconfianza o rechazo del pensamiento crítico, de la pluralidad y de la libre confrontación de ideas y prácticas, del conocimiento científico; concepción reduccionista de la sociedad, la historia y la política; visión simplificada, fatalista y compulsivamente optimista del progreso nacional como algo lineal e ineluctable; comunión en la ideología nacional-populista.

A partir y a través de intereses, premisas y procesos diferentes, las principales corrientes ideológicas que influyen en la universidad convergen en la generación y el fortalecimiento de ciertos resultados negativos para aquella, su autonomía real, su creatividad (científica, técnica, cultural, social, política). Contribuyen al creciente empobrecimiento de las condiciones para la producción, la confrontación y la aplicación de conocimientos e ideas, valores y técnicas. Deterioran o destruyen los focos e instituciones de creación e innovación. Imposibilitan la continuidad en el esfuerzo sistemático y en las realizaciones acumulativas que deberían dar lugar a saltos cualitativos en la praxis de la sociedad. Frustran y desalientan las personalidades críticas y creativas, y refuerzan la tendencia a su exilio interno o a su éxodo externo. Enrarecen, trivializan, promueven el estancamiento y la decadencia de la universidad, la cultura, la ciencia y la técnica. Operan como instrumentos invo-

luntarios o agentes inconscientes de la derecha. En esta perspectiva, la dictadura de 1966 - 1973, el segundo gobierno peronista y el subsiguiente régimen fascistizante integran más un continuo que una sucesión de discontinuidades o fracturas.

La universidad pública se convierte en un *ghetto* político, cultural y profesional, en el cual proyectan sus aspiraciones de ascenso los hijos de sectores medios y populares que cada vez más difícilmente pueden intentar elevarse en la estratificación social. En este *ghetto*, la radicalización asume un carácter esencialmente retórico y ritual, y se combina con una acentuada preocupación de numerosos estudiantes, docente e investigadores por la carrera exitosa dentro del Establecimiento. Se presenta incluso con frecuencia como una especie de fase transicional en la trayectoria vital, profesional y política de los interesados, a la vez que como mecanismo compensatorio que permite declamar dentro de la universidad la "revolución" que no se quiere o no se puede hacer en áreas más definitorias y riesgosas de la realidad social. En este *ghetto* universitario se fijan y se canalizan hacia adentro, en circuito cerrado y en desafíos frecuentemente simbólicos o ilusorios, masas de energía psicológica, social y política que de este modo amenazan menos o nada al mundo oficial y al sistema. Por los mismos o similares mecanismos, con la consigna de la Revolución en y desde la universidad, se proyecta irracionalmente hacia los organismos y las actividades del ámbito académico, una combatividad y una destructividad que parecería más eficaz ejercer respecto de las fuerzas y estructuras responsables a la escala de la sociedad global de la dominación y la explotación, de la dependencia y el atraso. Este activismo radicalizado de autenticidad y eficacia dudosas opera como una "fijación del absceso", puede coexistir largo tiempo y de manera no demasiado conflictiva con las bases y estructuras fundamentales de la sociedad oficial.

La universidad, los intelectuales, la cultura, la ciencia y la técnica, son considerados como carentes de valor en sí y por sí misma, prescindibles o sospechosas, destruibles sin pena y hasta con alegría en la medida en que no resulten controlables por el grupo con el que dirigentes y militantes de la política estudiantil radicalizada se identifican. El terrorismo ideológico y práctico se combina con el canibalismo académico y político y con la demagogia desenfrenada. Todo ello produce reflejos diversos en los dirigentes estudiantiles, en los profesores y en los investigadores. Muchos de ellos elevan artificialmente la temperatura político-ideológica de su ac-

ción, de su docencia y de su producción intelectual, por temor a ser superados y descalificados por los estudiantes y colegas de mayor radicalización. La multiplicación de tendencias extremas en la universidad, y la falta de criterios mínimamente racionales y objetivos de evaluación, vuelven con frecuencia kafkianos los intentos de reajuste, de supervivencia y de eficacia operativa.

La demagogia se va combinando también con manifestaciones de una picaresca específica que en sus peores momentos (el peronismo sobre todo) aporta a la universidad fenómenos asociables con una *Corte de los Milagros* o una *Opera de Tres Centavos*. La escasez de recursos y oportunidades, la inseguridad, la creciente lumpenización de estudiantes, docentes y profesionales, la multiplicación de tensiones y conflictos dentro y fuera de la universidad, contribuyen al agravamiento de la lucha por la conservación de lo logrado; generan o refuerzan una puja constante por el control, la defensa y la expansión de posiciones, resortes y recursos; dividen aún más a los universitarios, individualmente y por grupos (diferencias de calificación, orientación, filiación política, pertenencia generacional); se entrelazan con la creación de micro-feudos y micro-mandarinos, y con la aplicación de criterios particularistas y mecanismos de cooptación en el reclutamiento, la evaluación y el progreso de docentes e investigadores.

La resultante general se caracteriza por la baja del rendimiento en cantidad y calidad de la universidad estatal; el incumplimiento de sus funciones más necesarias y legítimas; la creciente incapacidad para satisfacer demandas múltiples. La universidad parece justificarse cada vez menos por su propio valor y por el que podría adquirir para las principales clases e instituciones del país, y en la misma medida no logra o pierde aliados poderosos y confiables. Presenta un espectáculo de creciente ineficiencia, de desorden institucionalizado. Proyecta el espectro de una anarquía actualizable en cualquier momento para ella misma y para una sociedad desgarrada y aterrada por conflictos graves.

La crisis de la universidad estatal de masas, sus fallas y limitaciones, favorecen una instrumentación externa; constituyen una complicidad más o menos inconciente e involuntaria de quienes se autoengañan con la revolución universitaria con un contrataque reaccionario que se intenta o se realiza más de una vez en este período.

Cada vez más, la situación de la universidad pública de masas entra en contradicción con las tendencias y finalidades del neocapitalismo tardío y dependiente, de la sociedad conservadora y represiva, del Estado autoritario y tecnoburocrático. La estrategia que se prepara y despliega gradualmente en oleadas sucesivas de intensidad y aceleración crecientes, opera en dos niveles interrelacionados.

Por una parte, la formación de los dirigentes altos y de los cuadros medios, las principales tareas técnicas y —secundariamente— científicas, la elaboración cultural-ideológica, son transferidas a una constelación de instituciones elitistas del más alto nivel posible: universidades privadas, centros de perfeccionamiento para graduados y especialistas, unidades de investigación-desarrollo, academias militares, organismos de los países capitalistas desarrollados. A estas instituciones se les otorga un tratamiento preferencial: reclutamiento selectivo; asignación de considerables recursos; altas remuneraciones; infraestructura adecuada; conexiones con centros de poder públicos y privados, nacionales y extranjeros; gran prestigio y alto *status* para los propios entes, los profesores y los egresados; garantías de acceso a funciones importantes en excelentes condiciones ocupacionales.

Por otra parte, las universidades públicas son sometidas, sucesiva o combinadamente, a una triple operación. En primer lugar, se imponen pautas y finalidades tecnoburocráticas a ciertos sectores de las universidades públicas, para adaptar sus actividades y productos a los intereses y exigencias del modelo neocapitalista de crecimiento y de orden político. En segundo lugar, se permite la expansión cuantitativa de las universidades públicas, se tolera su ideologización y su politización. Al mismo tiempo, se le retacea recursos y otras posibilidades de progreso; se fomenta y usa su degradación (material, cultural, científica, técnica); se discrimina a los profesores por su sede de actividad y a los egresados en el mercado de trabajo por el origen de su diploma. Se admite e instrumenta la tendencia ya señalada a la conversión en ghetto profesional y político, y se hace un uso funcional de la violencia desplegada en su interior, —que incluye la provocación deliberada— para varios fines convergentes: legitimación de la represión, tanto contra la universidad como contra sectores más amplios del país; descrédito de las actitudes críticas y de las opciones de cambio; refuerzo de la tendencia al aislamiento de otros sectores de la población y a su hostilidad activa o pasiva; justificación del despla-

zamiento de los centros de formación de élites y de la discriminación por diplomas. Finalmente, cuando las tensiones y conflictos en las universidades y en la sociedad parecen extremarse y volverse incontrolables, el Estado autoritario o fascistizante las somete a un acoso abierto, las ataca y somete por la fuerza, las militariza.

La fase final

El régimen surgido del golpe de 1966 se basa en y expresa los intereses de una coalición de las Fuerzas Armadas, el gran capital nacional (urbano, terrateniente-pampeano), las multinacionales, la alta tecnoburocracia privado-pública; coalición en la cual el sector superior del capital financiero e industrial urbano comparte la pretensión de hegemonía con la élite dirigente militar. El proyecto político del Onganiato pretende estructurar un Estado autoritario-tecnoburocrático-represivo, para el logro de las bases y la realización plena del modelo neocapitalista tardío y dependiente. Ello presupone y exige la eliminación del conflicto social, de la política como instancia, y de los partidos y políticos profesionales como actores; la supresión de todo lo que sea pluralismo, diversidad, inconformismo, disidencia: un proto-fascismo que no se devela ni realza en plenitud como tal porque la situación del país no lo exige¹⁷.

En lo que a la universidad y su autonomía respecta, ya en el discurso del 9 de julio de 1966 el general Onganía afirma: "No permitiremos que acosen a nuestra juventud extremismos de ninguna naturaleza. Si fijamos con claridad el rumbo, nadie podrá apartarla de su misión de grandeza". Un mes después de la asunción del mando por el presidente Onganía, el 29 de julio de 1966, se da fin a la autonomía de la universidad mediante su intervención. La ocupación de algunas facultades por el estudiantado como protesta contra la intervención provoca una violencia político-militar que resulta inusitada hasta este momento, la llamada "noche de los bastones largos". A ello se responde con nuevas manifestaciones estudiantiles de corta duración por el momento, y una renuncia —masiva en el caso de algunas facultades— de personal directivo y académico.

17. Ver M. Kaplan, *50 Años...*, cit.; N. R. Botana et al., *El Régimen Militar 1966-1973*, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1973; F. Geze, A. Labrousse, *Argentine: Revolution et Contre-Revolution*, Editons du Seuil, Paris, 1975

Tras el consenso inicial que obtiene y los primeros éxitos de su proyecto, comienza a evidenciarse la precariedad de las esperanzas de crecimiento económico, mejoramiento material, orden social y autoritarismo político eficaz que en mayor o menor grado dieran perspectivas de operatividad y perduración al nuevo régimen. La prosperidad de la gran empresa, de la élite oligárquica y de la capa superior de la tecnoburocracia militar-civil no se extiende a sectores más amplios. La inseguridad y el malestar alcanzan a grupos de la clase alta, pero sobre todo a las clases medias, obreras y populares urbanas. El autoritarismo vertical, el fascismo encubierto, la despolitización forzada, el congelamiento social, la asfixia cultural, la supresión del debate ideológico, se van volviendo cada vez más irritativas e inaceptables. Clases, grupos, instituciones y partidos abandonan el conformismo y la apatía. Reaparecen diversas formas de protesta social, de crítica ideológica, de oposición política, de acción elitista y de masas: insurgencia guerrillera, "Cordobazo" y otras movilizaciones urbanas, reactivación de las organizaciones políticas tradicionales. En junio de 1968 se producen huelgas estudiantiles en Rosario, Córdoba, Tucumán, La Plata y Buenos Aires. La policía invade los claustros y desaloja a los alumnos, prepara la movilización represiva en previsión del próximo cincuentenario de la Reforma Universitaria.

La reapertura de la crisis política desacelera el crecimiento. El proceso desgasta y debilita a la dictadura; reanima o revela diferencias y conflictos entre facciones y figuras de las Fuerzas Armadas; le cuesta la presidencia al general Onganía primero y al general Levingston luego; impone en su lugar al general Lanusse (1971). Este encarna la conciencia de los sectores más lúcidos de la coalición en el poder sobre el callejón sin salida en que la dictadura y el país se encuentra, sobre la gravedad de la crisis de la sociedad y del Estado, sobre la necesidad de una solución institucional. Esta debe restablecer hasta cierto punto las reglas del juego democrático-liberal, otorgar nueva legitimidad y consenso efectivo al sistema y al Estado, garantizar la estabilidad del orden vigente y la plena realización del proyecto neocapitalista.

El segundo gobierno peronista resulta ser momentáneamente la única alternativa para superar una crisis que de otro modo parece no tener desenlace aceptable y amenaza con la caída en una catástrofe sin precedentes. Por motivos, en grados y con matices diferentes, el gobierno peronista va logrando la adhesión de los trabajadores; de una parte considerable del empresariado nacional; de

importantes sectores de clase media (estudiantiles, intelectuales, profesionales, tecnoburocráticos), resentidos por el retroceso económico, el descenso social, la marginación política; de la mayoría de la izquierda con sentimientos de culpa por su desencuentro histórico desde 1945 con el proletariado peronista. Va logrando también la aceptación cautelosa y provisoria de las multinacionales, la élite oligárquica, las Fuerzas Armadas, la Iglesia. La fórmula del peronismo y de la coalición que nuclea triunfa en las elecciones de marzo 1973, ungiendo presidente al Dr. Héctor Cámpora.

El peronismo es devuelto al poder por un malentendido colectivo: los principales sectores del país, cada cual a su manera, esperan todo del nuevo gobierno y ninguno es satisfecho en sus expectativas. El peronismo no supera sus limitaciones originarias, su heterogeneidad, la vaguedad e incoherencia de su proyecto, la composición abigarrada de la coalición, el impacto de las demandas que se entrechocan en la sociedad y de la crisis de ésta. El peronismo y su gobierno son desgarrados por contradicciones y conflictos que los paralizan e incapacitan para la gestión eficaz. Revelan su naturaleza conservadora, su obsolescencia y su desubicación ante los viejos y nuevos problemas del país y del mundo. Todo ello lleva al fracaso a su proyecto político y a su modelo económico¹⁸.

Desde el primer día de la presidencia del Dr. Cámpora, se desata una lucha entre la diversidad de intereses y facciones que componen el gobierno o quieren instrumentarlo. El enfrentamiento se da sobre todo entre la llamada "Izquierda Peronista", apoyada por la otra izquierda, por una parte, y sectores del centro y la totalidad de la derecha, del peronismo y fuera de éste, por la otra.

La "izquierda peronista" reclutada sobre todo en hijos de la clase alta y en varios estratos de la clase media, siente que ha llegado su hora. Asume y difunde una ideología abigarrada en que coexisten y se entrechocan elementos del nacional-populismo, el social-cristianismo, el tercer-mundismo, el desarrollismo, el falangismo, los breviaros de diversas versiones dogmático-simplificadas del marxismo. La izquierda peronista (y gran parte de la no peronista) apoya al líder y el nuevo gobierno como expresión fatal y necesaria de las masas, y considera a uno y a las otras como irrevocablemente comprometidos con una vaga propuesta de "revolución socialista-nacional" que —de manera conciente o inconciente—

18. M. Kaplan, *50 Años...*, cit.; Géze, Labrousse, *Argentine:...*, cit.

tiende a identificarse peligrosamente con una versión vernácula del "nacional-socialismo". Supone que inexorablemente Perón se pondrá a la cabeza de las masas para cumplir la "revolución nacional" o será rebasado por aquellas. Se visualiza a sí misma como vanguardia revolucionaria de las masas, su élite autopromovida, que dirige y usufructúa la marcha hacia el poder.

La izquierda peronista y la no peronista, momentáneamente convergentes y coaligadas, se lanzan al asalto de posiciones superiores e intermedias en el Estado, y la universidad es uno de sus objetivos centrales. Su comportamiento en la universidad —como en los otros sectores—, fuertemente impregnado de espontaneísmo, de improvisación irreflexiva y de oportunismo ataviado de intransigencia revolucionaria, combina, en sus motivaciones y objetivos, la acción ideológica y política con el deseo de satisfacer las aspiraciones de poder y ascenso social, de prestigio y privilegios para los grupos e individuos de los sectores medios que la promueven o apoyan.

La operación en la universidad se inicia bajo el signo de un optimismo arrogante que no siempre se ve controlado por el sentido de la realidad ni del humor. Al asumir su cargo, un rector-interventor anuncia *urbi et orbe* que las generaciones futuras recordarán la universidad de Perón como hoy se recuerda a la Grecia de Pericles. Con dirigentes y perspectivas de esta índole, las funciones de dirección y las tareas de docencia e investigación son asumidas por una multitud de activistas, carreristas e improvisados en los que predomina la preocupación por la conquista o el mejoramiento de posiciones personales y políticas. La mayoría de ellos son de mínima o nula competencia y de dudosa sinceridad, remplazadas por la proclividad al oportunismo, al seguidismo, a la política de bajo nivel y corto plazo. La selección a la inversa opera de una manera ya bien conocida en experiencias similares. El reclutamiento, la permanencia, la promoción, se dan fundamentalmente por criterios y métodos de servilismo hacia los dirigentes; de obediencia a la ideología nacional-populista en la versión de la izquierda peronista; de favoritismo, nepotismo, arbitrariedad, irresponsabilidad y corrupción. La izquierda peronista, con la complicidad activa o la resignación pasiva de la que no lo es, aplica sus propias formas de terrorismo ideológico, caza de brujas y represión. La cuota de universitarios y profesionales honestos y competentes que se hereda de la fase anterior, y sus equivalentes que aceptan participar en la nueva experiencia, suelen ser postergados, maltra-

tados o desplazados. No se reincorpora a la mayoría de los profesores e investigadores víctimas de la persecución de regímenes anteriores, o se los reamite en posiciones inferiores y secundarias. Si se da la expulsión, o se induce el alejamiento, de elementos de centro-derecha o de orientación conservadora-liberal, se tolera o se incorpora a otros de trayectoria o identificación fascistas. La baja en cantidad y calidad de la docencia y de la investigación no se ve compensada por una auténtica democratización de la universidad, ni por un mejoramiento de sus funciones sociales hacia los sectores mayoritarios y hacia el país, remplazado por actividades retóricas o simbólicas o circenses. La defensa y el buen uso de la autonomía universitaria son objeto de abandono o menosprecio, con el pretexto de que aquella convierte a la institución en "isla democrática", base de operaciones de la "reacción liberal-burguesa", en incompatibilidad con la pretendida unidad indisoluble de intereses y objetivos entre el gobierno peronista, la izquierda peronista y las masas. La considerable simpatía inicial que esta experiencia universitaria despertara en un número no desdenable de profesores y estudiantes comienza a ser remplazada por la inquietud ante los abusos y excesos, el activismo delirante y el deterioro de la enseñanza y la investigación; y luego por el escepticismo, el enfriamiento, la desconfianza, la hostilidad. Todo ello facilita un contrataque reaccionario e igual o superiormente destructivo en y contra la universidad, parte de un proceso más general.

Ya en 1973 se desata y se identifica una lucha entre la diversidad de intereses y facciones que componen el gobierno o quieren instrumentarlo. Esta lucha desequilibra a la sociedad y al Estado, provoca un reagrupamiento de la derecha en una tendencia fascistizante que se impone sobre sus rivales. Perón y su equipo inmediato fuerzan la renuncia del presidente Cámpora, y desencadenan una depuración de ministros, altos funcionarios, gobernadores provinciales, autoridades universitarias, que se identifican o simpatizan con la izquierda peronista o no la repudian con suficiente energía, o son sospechosos de progresismo o radicalización, o mínimamente críticos y honestos. La depuración institucionalizada se combina con la represión física por las fuerzas armadas y policiales, las organizaciones paramilitares y parapoliciales que el gobierno promueve o tolera. En este proceso se da la destrucción final de la universidad, de su autonomía, de su creatividad y de su función auténticamente social y nacional, proceso en el que la izquierda peronista cumpliera eficazmente la fase precedente. El nuevo inter-

ventor nombrado por el gobierno peronista en la Universidad de Buenos Aires, Alberto Ottalagano, coloca su gestión bajo la advocación de San Alberto Magno, y el sacerdote que aquél nombra decano de Filosofía y Letras exorciza públicamente de demonios al recinto universitario. Una parte considerable de los dirigentes y cuadros de la izquierda peronista y no peronista que jurara luchar y morir por la defensa de los intereses del pueblo y del programa nacional y popular en la universidad, abandona sus posiciones sin lucha; se refugia en el anonimato o la clandestinidad pasiva, o se asila y se exilia. Otra parte reniega de sus declaraciones y alianzas anteriores, acepta la autoridad vertical y las exigencias de conformismo de Perón y sus colaboradores inmediatos; no vacila en colaborar con las nuevas autoridades universitarias, ni en volverse inquisidores y verdugos de sus antiguos compañeros.

Cuando la crisis del país y la evidencia del fracaso peronista se vuelven inocultables e intolerables para las mayorías, en marzo de 1976, las Fuerzas Armadas asumen el poder, sin limitaciones ni contemplaciones, y el segundo gobierno peronista desaparece de la escena sin que nadie lo lamente ni lo defienda.

La falta de tiempo y de espacio impide una caracterización rigurosa y detallada del régimen instaurado desde 1976 y que rige hasta hoy (noviembre 1978). No es osado sin embargo mencionar sus rasgos neofascistas; el proceso genético de implantación; el sistema de alianzas y los mecanismos de legitimación; la reestructuración y reorientación del Estado en su aparato y su personal, sus funciones y sus modos de operar; el uso sin precedentes de formas simbólicas de poder, y de técnicas y maquinarias de información, comunicación y control social; la militarización del poder y la universalización de la represión; la estrecha interrelación entre el modelo político y el proyecto de crecimiento neocapitalista¹⁹.

En lo que a la universidad respecta, la misma se ve afectada a la vez por los mecanismos generales que operan a la escala de toda la sociedad argentina, y por aquellos específicamente aplicados a la educación y la cultura. En lo general, una represión que ha dado un salto sin precedentes en cantidad y en eficacia, en arbitrariedad y en barbarie, se combina con el impacto de la crisis económica,

19. Ver M. Kaplan, *Hacia un fascismo latinoamericano?*, en *Nueva Política México*, Vol. 1, No. 1, 1976; James Petras, *Neo-Fascism in the Third World*, mimeografiado, 18 pp.; Sergio Vilar, *Fascismo y Militarismo*, Grijalbo, Barcelona, 1978.

para crear en la casi totalidad de la población un estado de ánimo compuesto por el pánico abierto, el temor difuso, la apatía y el conformismo. La consiguiente parálisis colectiva se manifiesta en la desaparición casi completa de los movimientos de crítica y protesta y de las formas y organizaciones de participación política; en la reticencia a la expresión de opiniones críticas o heterodoxas; en la autocensura y en los fenómenos de negación y distorsión de realidades perceptibles e innegables; en la despolitización.

La ley No. 21.276 termina con los restos de la autonomía universitaria y permite descargar sobre las instituciones de educación superior la represión despiadada y el control totalitario que caracteriza al régimen. Su artículo 7 prohíbe todo tipo de actividad política y toda otra actividad "que asuma formas de carácter político o gremial, docente o no docente". El artículo 12 establece que "es incompatible con la docencia universitaria toda actividad que se aparte del propósito y de los objetivos básicos fijados por el Proceso de Reorganización Nacional". La libertad de cátedra y de investigación son destruidas, sobre todo en lo que se refiere a las Ciencias Humanas y Sociales, mutiladas o suprimidas como carreras o materias. Marx y Freud son públicamente denunciados como los peores corruptores de la juventud. La discriminación ideológica es legalizada. Adquieren características de fenómenos masivos la suspensión, la cesantía, la expulsión, el secuestro, la tortura, el asesinato, el encarcelamiento "legal" o "clandestino" de estudiantes y profesores. Censura y autocensura se entrelazan y refuerzan mutuamente. Para evitar la penetración de ideologías "ajenas al sentir nacional", todo libro o revista proveniente del exterior requiere el examen previo y la autorización de los servicios de seguridad. La universidad argentina sufre un proceso de degradación de duración imprevisible y de proyecciones incalculables. La detención de este proceso y la superación de sus rasgos y consecuencias es parte de la problemática de un cambio profundo en las fuerzas y estructuras del país, en su perfil global y en su orientación histórica fundamental, a partir y a través de un auténtico proceso de democratización y desarrollo integral.